

ESCORPIONES MIRANDO AL CIELO

Drama en tres actos, de César De María.

Madre violencia

tú haces grandes cosas que nosotros no entendemos

y aunque todos oyen tu voz

no pueden detenerte.

(de un poema de Dalmacia Ruiz Rosas.)

Personajes:

CINCO ANCIANAS QUE CONVIVEN EN UNA CASA DEL DISTRITO DE LA VICTORIA:

TERESA, dueña de casa. Dulce y amable, salvo cuando hay luna llena.

JUSTA, india muy callada. Fuerte y ágil.

CRISTINA, ex-enfermera, racional y reprimida.

DALILA, ex-prostituta, negra, la más activa y libre de todas.

ENRIQUETA, ex-profesora, delgada y débil.

EL CURA, 60 años, español, gordo y falsamente bonachón.

EL ENCUESTADOR Y EL CARTERO, gente común, 30 años.

DOS BOMBEROS, enmascarados casi monstruosos, cubiertos de equipo y de
herramientas para su labor.

VOCES DE LOS HOMBRES DEL MUNICIPIO:

uno duro, el otro conciliador y sin mucho carácter.

Los personajes masculinos aparecen enmascarados, vestidos de modo no realista.

EL LUGAR

La vieja casita.

Una sala comedor con un televisor que sólo emite imágenes y no sonidos; muebles comunes y muy viejos; un altar (en una ventana tapiada) en el cual las mujeres veneran con velas y adornos la imagen de la Niña María, representada por una muñeca infantil de juguete. Un pasillo conduce a las habitaciones y demás lugares de la casa. Un roperito entre el pasillo y el comedor. Dos puertas a la vista: una trancada por ahora, la otra clausurada con tablones y clavos. Una escalera lateral conduce al balcón, lleno de macetas y plantas mustias. Ante el balcón, las ramas de una antiquísima higuera. Adornos a discreción. Mucha pobreza. Poca luz. Un primus y una ollita en un estante cualquiera. Cachivaches y polvo. Hambre. Ropa vieja. Soledad.

PRIMER ACTO

(1: Creo en Dios Padre.)

Enriqueta barre la sala comedor. Habla con un grupo imaginario de alumnas y con la imagen de la Niña María.

ENRIQUETA: De pie todas, por favor. La maestra va a castigarlas por haber ensuciado así el aula. ¡Mugrosas! ¡Siempre dejan un chiquero después de las clases de castellano! Los sustantivos regados por el piso, los adjetivos desordenados, los verbos cochinos por andar conjugándolos con las manos sucias. (Barre.) El piso está lleno de comas, de puntos, de guiones. ¡Qué vergüenza! ¿Quién ha dejado allí ese paréntesis? Y ahora, ¿cómo vamos a encontrar su parejita? ¿Y eso es una diéresis? ¿O son los dos puntos que han caído mal? ¡Qué horror! Las va a castigar el Señor. Pídanle perdón. Levanten la mano derecha y hagan la señal de la cruz: por-la señal-de la Santa-Cruz-de-nuestros-ene-migos-libranos Señor-Dios-Nuestro. En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, amén. Y ya que estamos en religión, vamos a repasar la clase de alemán cantando el Credo: (Oímos al coro de niñas imaginarias.) Ich-glaube-an den-einen-Gott, den all mach-ti-gen Va-ter, schöpfer Himmels und der Er-de, des Sicht-ba-ren all uns des Un-sicht-ba-ren... (Con gesto brusco.) ¡Silencio! ¿Escuchan? ¡Son los pasos de la Niñita María! ¡Quiere caminar! (Descorre una cortinita y descubre en un altar una muñeca adornada con andrajos como si fuera una imagen religiosa. La muñeca camina sobre el lugar.) ¡No te vayas, Niñita María! (De rodillas.) Tú eres la luz de nuestro mundo, no te apagues porque se quedan a oscuras los pasadizos de nuestros corazones. Son calles peligrosas donde asaltan, Niñita, aparecen hombres desconocidos que se esconden en las esquinitas de los recuerdos y apuñalan a las mujeres por todas partes. El corazón está lleno de maleantes

que saltarían sobre nosotras si se apagara el brillo de tus ojitos, ¡no te vayas! ¡No camines! (La muñeca se detiene.) Gracias Niñita. Eres tan preciosa. Te mereces el futuro que ya viviste. (Confidencial.) No importa si te casas con un carpintero, ¿sabes? Si conoces a un tal José, hazle caso, míralo bien, cásense nomás porque te va a ayudar mucho. Es pobre, pero tu marido de verdad va a ser otro: (Susurra.) Dios. Un hombre barbudo que miraba desde el último piso del Ministerio de Educación. ¿Sabes que lo conozco? ¡Sí! Hace años fui a cobrar mi pensión de jubilada y lo vi. Me salí de la cola de las maestras, me subí al ascensor y en el último piso estaba él, con su barba blanca y sus ojos buenos. ¿Qué hacía? Suspiraba mirando el Parque Universitario, donde las personas parecen hormiguitas. Su aliento divino hacía que respiraran todos los pechos que existen. Y sus manos estaban viejas como las mías, de tanto darle vueltas al mundo. Miraba con cara triste tantas injusticias que hay. "¡Eres Dios!" le dije y me arrodillé. Me hizo "no" con el dedo y me dijo "estoy jubilado". Me di cuenta que contestaba eso para que no lo fastidie pidiéndole milagros. Pensaba. No sabía qué hacer con este planeta donde la persona que amas te puede matar de SIDA y hay chicas de 20 años que mueren de cáncer al pulmón. Me quiso engañar Diosito, hacerme creer que era profesor retirado como yo, pero me di cuenta rapidito que lo hacía para no impresionarme. ¿No ves que es muy considerado? ¡Lindo! Ya te mandará un angelito cuando estés casada, porque lógico, él mismo no puede presentarse así nomás en la casa de una señora casada y respetable como serás tú, y menos si tu marido no está. (Duda.) ¿Dije señora, no? Quise decir señorita, porque vas a ser pura. Cuidado con descuidarte, recuerda que José será santo, pero cuando te cases con él todavía será hombre, y los hombres de todas las épocas quieren tirarse al dulce y comérselo en un santiamén. Tienes que ser virgen para que te respete el mundo, para que le canten a tu hijo: "komm, der Völ-ker Hei-land du, Sohn der Jung-Frau, eil heu-zu!" (Ríe.) Le vas a dar trabajo a tu otro marido, tan viejito y trajinando con una virgen, seguro que ni sabe cómo. No le vayas a dar sugerencias porque si el hombre te ve inventiva

cree que eres de mala entraña y duda de ti. Hazte la zonzá. No te va a tocar, con un tris de sus dedos vas a salir encinta y lo demás no te lo cuento porque sale en la Biblia. Pero tienes que saber qué bueno es ese viejito que se asoma al mundo por una ventana en forma de triángulo equilátero (A sus niñas en el muro.) que se llama así por tener tres lados iguales y tres ángulos de 60 grados cada uno, y en él coinciden el isocentro y el baricentro. Eso se los enseño a ustedes para que no queden como ignorantes, niñitas, no vaya a ser que sus maridos les hablen de geometría y no sepan qué decir. (A la muñeca.) Para los hombres hay que adornarse con un poquito de inteligencia, porque las brutas sólo les gustan a los brutos. Y Dios de bruto no tiene nada. Está viejo nomás, le vi arrugas y manchitas en las manos. Cuando le sale una peca en el pulgar, ¡terremoto en África! Si es en el índice, ¡Asia! Y así con los continentes, que son... (Al muro.) ¿Cuántos? Cinco como los dedos de la mano: África, Asia, América, Australia y Europa. Dios los inventó. Es el creador de todas las cosas, des Sichtbaren all und des Unsichtbaren. (A la muñeca.) Y hace cosas raras, ¿sabes? Cuando está alegre se pone juguetón y tapa el sol con un dedo diciendo que es eclipse. O pinta con las manos como los niños y dibuja argollas de colores alrededor de la luna, en un fenómeno atmosférico llamado halo, ocasionado por la descomposición de la luz prismada por una gota de lluvia que se detiene en el cielo porque no quiere bajar. Viejito lindo, ¿sabes que también hace cosas raras cuando está con pena? Así lo vi en el último piso del Ministerio. Hablaba bien bajito y las lágrimas se le iban saliendo, seguro causaba inundaciones en Brasil, huayco en Huaraz, maremoto en Japón. Y yo seguía de rodillas, pero me acercaba despacito para ver si una gotita me caía en la cabeza y me volvía santa, para oírlo mejor también. Y dijo: "Nadie me escucha". Y yo quise decirle que más bien todos estábamos esperando que diga algo, que no se deprima porque iba a llover 40 días y 40 noches, que no se apene porque lo queremos, "lo queremos mucho", le hablé, y él movió la cabeza y dijo: "Ya tengo mi decisión". Y se subió en la ventana, y me tapé los ojos porque pensé que iba

a destruir el mundo con un rayo de su mano poderosa, ¡pero no lo hizo! ¡Nos perdonó! Se paró en el marco y saltó. Yo lo vi. Era Dios. Y no voló porque la gente del parque hubiera pensado que era Superman, o peor, que era un truco porque ya nadie tiene fe en Dios, y eso le hubiera dolido más todavía. No voló por nuestra culpa. Nos perdonó y se fue derecho para abajo, para abajo, para abajo y yo lo veía más y más chiquitito y de repente, ¡pum! ¡Se estrelló en la vereda! Y la gente corrió a ver su cuerpo reventado como un huevo de clara roja, pero su alma seguía bajando como un ascensor, ¡hasta los sótanos del Ministerio donde se ahuman como jamones los condenados! Quería consolarlos con su mirada de hielo, calentarse un ratito con la candela de Belcebú, porque arriba en el último piso siente mucho frío, mucho silencio y quiere conversar, aunque sea con esos ángeles que tienen alas de murciélago y cola de flecha. Por eso bajó, ¿no es cierto? No se puede haber muerto, ¿verdad Niñita María? fl va a ser tu esposo. Te va a hacer un hijo. No puede haberse matado. (Pausa. Confidencial.) Esto no se lo he contado a nadie porque pensarían que estoy loca. Y me pedirían que haga milagros. No puede ser, Niñita, ¿lo que he visto es un espejismo, verdad? Dios en el suelo, deshecho, ¡y la gente pasando a su lado sin hacerle caso! (Ríe incrédula.) Y el pobre viejito tapado con hojas de periódico donde salen anuncios de muebles y cortinas. Eso es un sueño maligno. (Llora.) Eso que he visto es imposible. No puede ser verdad. (La escoba se cae y el ruido la aterra. Se persigna ante la muñeca. Recoge la escoba y sale.)

(2: Pepita'e limón.)

En el viejo balconcito, Cristina siembra en una maceta. Dalila riega otras.
Cristina oye el golpe de la escoba.

CRISTINA: ¿Qué sonó?

DALILA: Fijo que a la Enriqueta se le cayó la escoba. Eso trae mala suerte.

(Mira la maceta de Cristina.) ¿Y esas pepitas?

CRISTINA: Las botó el emolientero. Son de limón. Riega.

DALILA: Jó. La pepa 'e limón se pone seca. ¡Tas sembrando comida pa' los gusanos!

CRISTINA: Yo tengo buena mano, todo lo que toco crece.

DALILA: (Susurra.) Eso me decían los hombres. Que hacía crecer lo que agarraba. ¡Qué no decían! ¡Yo he conocido cada pendejo!

CRISTINA: Ya empezaste con tus palabrotas.

DALILA: No Cristina, no es que sean palabrotas. Es que las tuyas son orejitas. (Sonríen. Miran la tierra.)

CRISTINA: Parece mentira que así empiecen los árboles.

DALILA: Más mentira parece que así acabe una.

CRISTINA: Riégalas, no seas mala.

DALILA: (Obedece.) Ni con agua bendita van a brotar. Por gu'to mi'aces regar.

CRISTINA: ¿Ves cómo creció la palta? Así van a crecer los limones.

DALILA: La palta es diferente, pé, tremenda pepaza ¡cómo no vá crecé! Pero los limones tienen pepas chiquitas como lagrimitas. ¿Tú crees que en Chíncha no sabemos na'a de pepas?

CRISTINA: No empieces a hablar de lo mismo, Dalila.

DALILA: Cuando yo nací mi papá estaba tocando el violín y...

CRISTINA: ¿Eso que tiene que ver con las pepas?

DALILA: (Enojada.) ¡Si no sabes no interrumpas, o'e! ¡Cómo se ve que no sabes!

CRISTINA: ¡Bueno, bueno, habla!

DALILA: ¡La ignorancia es atrevida, caray! ¡Cómo cortas al que habla!

¡Cuando una está con el uso de la palabra...

CRISTINA: Sigue hablando, no te molestes...

DALILA: ...el otro no debe decir nada, mover la cabeza nomá, como lo'bueyes!

Así luego quieres que te cuente, ¡si me andas intempu-intrerrom-interpum-chuta!

CRISTINA: Interrumpiendo.

DALILA: ¡Eso es lo que me andas haciendo!

CRISTINA: Habla pero no pares de regar.

DALILA: ¿Hablo o no hablo?

CRISTINA: Ya te dije que sí, ¡qué pesada te pones!

DALILA: ¡Pesada tú que me interrumpes! (Piensa.) ¿Qué' estaba diciendo, ah?

CRISTINA: No sé. (Pausa. Toma una maceta.) ¿Y esto?

DALILA: ¿Qué es esa planta?

CRISTINA: ¿Quién siembra cosas tan feas?

DALILA: A mí que me preguntas, ¿yo soy policía o qué?

CRISTINA: ¿Es fea, no? Pero ya le brotaron frutos, mira.

DALILA: ¿Ah, sí?

CRISTINA: (Saca uno.) Sí. Y huele dulce.

DALILA: Eso me da miedo. De chica me dijeron: cuídate del hombre que huele a dulce. (Ríe.)

CRISTINA: Vamos a cosechar y luego las probamos. (Guardan los frutos.) Algo tendremos para comer. (Pausa. Cortan hojas secas.)

DALILA: Hoy día no hemos almorza'o.

CRISTINA: No pienses en eso, Dalila.

DALILA: No, si hambre no tengo. Es por decir nomá. Total que ya estamo' viejas. Nos hemos comi'o to'a la comida que nos tocaba en esta vida.

CRISTINA: No es para tanto. Esto que estamos sembrando nos va a dar más para comer. Le rezaremos a la Niñita María y nos hará el milagro. (Pausa. Dalila señala a lo lejos.)

DALILA: Mira esa que va por ahí. ¿Qué cosa chupa, ah?

CRISTINA: ¿Será un helado? No veo bien.

DALILA: ¡A ver, una adivinanza! "Chúpalo, chúpalo, hasta que la boca se te llene de pelos. ¿Qué cosa es?"

CRISTINA: Otra vez con tus indecencias.

DALILA: ¡El mango, pué! (Ríe.) ¡La indecente eres tú con tu mente que piensa! ¡El mango! (Ríe.) ¿Te imagina' chupá un mango fresquito? (Se deleita.)

CRISTINA: Ya estamos viejas. Nos daría diarrea.

DALILA: La Teresa nos botaría de su casa, le andaríamos' churreteando el piso, las cama', las sillas vieja', ¡jó! (Piensa.) Y entonces... ¿un plátano?

CRISTINA: También nos caería mal.

DALILA: Entonces no ¡ruta, ¡carne! ¡Un sancocha'o!

CRISTINA: Corta esa hoja.

DALILA: ¡Piensa en el sancocha'o, con sus papas y su choclo y su tremendo camotazo! ¡O un bisté frito!

CRISTINA: ¿Qué te pasa, Dalila?

DALILA: Piensa nomá', ¿qué te pasa a ti? Piensa en un bisté, en un lomito salta'o, en un churrasco sin nervio... Piensa, piensa en un pollo con guiso, un estofao, papita cuadrada! ¡Piensa Cristina!

CRISTINA: Una ocopa. (Se reprime.) No, no, la ocopa también es indigesta, tiene maní.

DALILA: ¿Papa a la huancaína?

CRISTINA: ¡Mira, tanta gente! Muchos han salido hoy.

DALILA: No me distraiga'. Rocoto relleno.

CRISTINA: Rocoto parece ese gordo, el que pasa junto al basural.

DALILA: No te escapes, ¡piensa! Imagínate un cebiche.

CRISTINA: No quiero.

DALILA: Pollo a la brasa. O ají de gallina.

CRISTINA: Ayer soñé que cantaba un gallo.

DALILA: ¡A mí lo que me canta son las tripas! ¡Imagínate anticuchos!

(Cristina se niega.) ¡Picarones! ¡Pancita! ¡Choncholí!

CRISTINA: A ti también te afecta la luna.

DALILA: ¿Hay luna? Se va a loquear otra vez.

CRISTINA: Tú también te estás loqueando.

DALILA: Lo que pasa es que te da cólera. (Fastidia y se divierte.) ¡Huevo frito!

CRISTINA: No hables de eso.

DALILA: Carne de chancho... de carnero... ¡de cuy!

CRISTINA: Basta.

DALILA: Un dulcecito: ¡mazamorra! (Ríe.)

CRISTINA: Calla.

DALILA: ¡Arroz con leche! ¡Arroz zambito! ¡Delicia de durazno! ¡Delicia de coco! ¡Delicia de limón! ¡Delicia de manzana!

CRISTINA: Delicia de mierda. (Dalila calla, asombrada.)

DALILA: No te molestes, Cristinita. (Pausa.) Tú nunca dices lisuras. Te has molestado feo.

CRISTINA: No.

DALILA: Pero no me miras. ¿Por qué? ¿Por qué estás molesta?

CRISTINA: Déjame en paz. No estoy molesta.

DALILA: Mírame pué, ¿qué'stás mirando? ¿La luna? ¿La higuera? No mires mucho que al atardecer, en todas las higuera', aparece un duende. ¿Estás mirando el duende? Mírame a mí, pué, ¡no te molestes!

CRISTINA: No estoy mirando ningún duende.

DALILA: ¿Y qué cosa miras con eso 'ojito' de pajarito?

CRISTINA: Un higo.

DALILA: ¿Qué?

CRISTINA: Hay un higo en esa rama. ¿Es o no es?

DALILA: (Mira bien.) Sí es. Pero no te metas con la higuera porque después se aparece y ¡zag! te corta el pescuezo.

CRISTINA: ¿Quién, el duende?

DALILA: ¡No, la Teresa! Esa higuera es suya, ¿no ves que es su casa? Y ahora que salga la luna sabe Dios qué se le ocurrirá, la otra vez decía que era Bolívar.

CRISTINA: No nos va a matar por un higo.

DALILA: ¿Y si se entera?

CRISTINA: No se va a enterar. Y la higuera está afuera de su casa.

DALILA: ¿Y con qué lo vas a sacar?

CRISTINA: Eh... ¿con la tranca del cuarto de Teresa?

DALILA: ¡Ese palote pesa un montón! ¡La única que lo carga es Justa!

CRISTINA: Y si se rompe no hay como encerrarla, tienes razón.

DALILA: ¿Y si le decimos al chiquito que se trepe en la rama?

CRISTINA: ¿Ese que juega con su trompo?

DALILA: ¡Sí! Que nos preste la pita y con un lacito, chás, ¡agarramo' el higo!

CRISTINA: ¿Se podrá? Yo tengo una pita. (Saca una del mandil.)

DALILA: Yo le hago el lazo.

CRISTINA: Apúrate.

DALILA: Ojalá esté madurito.

CRISTINA: Amarra.

DALILA: Paciencia hijita, que con paciencia y saliva un elefante se comió una hormiga. (Ríe. Termina el lazo.) ¿Lo agarro yo?

CRISTINA: Dámelo a mí. (Trata de enlazar el higo.)

DALILA: Así no. Dame. (Trata.) Uy... lo agarro, lo agarro... (Pierde la pita.) ¡Ay!

CRISTINA: ¡Torpe! ¡Se cayó el higo!

DALILA: ¡Ahí' tá, en el suelo!

CRISTINA: ¿Dónde?

DALILA: ¡Ahí! ¡Chiquito! ¡Tíranos ese higo! Eso, chiquito... El higo. ¡Ahí!

CRISTINA: Ya lo agarró.

DALILA: ¡No, no te lo comas! ¡No!

CRISTINA: ¡No te vayas, muchacho, ven acá!

DALILA: ¡Regresa, caracho! ¡Mi'go! (Miran huir al niño con la fruta.)

AMBAS: ¡Ladrón! ¡Raterooo!

DALILA: ¡Ojalá se te pudra en la barriga, carajo! (Pausa.)

CRISTINA: (Saca los frutos que cosechó.) ¿Y si probamos estas frutitas?

(Muerde una suavemente. Pausa.)

DALILA: ¿A qué sabe?

CRISTINA: No la comas. (Silencio. Miran al horizonte. A Cristina se le escapa un lagrimón.)

DALILA: (Se da cuenta.) ¡Cristinita! ¡No llores! ¿Por qué? ¿Estás mirando de frente al sol? ¡Eso hace daño! ¡Mira esa lagrimita chiquita! Cristina, estás llorando pepita e'limón. (Seria.) ¿Qué pasó? ¿Te ha dado tristeza el higo? No seas así, ¡siempre dices que hay que tener esperanzas! De repente las monjas se olvidaron de traer comida este mes. ¡De repente el otro se acuerdan! ¿Por qué lloras, Cristinita? (Larga pausa.)

CRISTINA: Porque... porque he mordido un ají.

(3: El Inca de Piedra.)

Tocan la puerta. Justa se acerca. No abre.

JUSTA: ¿Quién es?

CARTERO: El cartero.

Pausa. No abre. El cartero pasa un sobre y una hoja bajo la puerta.

CARTERO: Tiene que firmar el papel. Tengo otro sobre pero es notificación legal.

Justa duda. Busca lapicero y firma con una "X". Devuelve la hoja y recibe el segundo sobre, todo por debajo de la puerta. Teresa asoma. Justa pisa los sobres para ocultarlos.

TERESA: ¿Tocaron?

JUSTA: (Esconde los sobres.) ¿Qué?

TERESA: ¿Tocaron?

JUSTA: (Con un gesto se hace la sorda y pregunta "¿qué?".)

TERESA: (Con otro gesto: "¿tocaron?".)

JUSTA: ("No".)

TERESA: ("Bueno".) (Sale.)

JUSTA: (Se asusta al oír a Dalila. Esconde la mano.)

DALILA: (Desde la escalera.) Oye chola, ¿han toca'o?

JUSTA: (Con gesto pregunta "¿qué?".)

DALILA: ¡Que si han tocado!

JUSTA: No.

Dalila sale. Justa se abre otro botón y caen muchos sobres de su blusa.

Velozmente vuelve a meterlos en su pecho y pone los sobres nuevos dentro de sus zapatos.

ENRIQUETA: (Entra.) ¿Qué haces?

JUSTA: ¿Qué?

ENRIQUETA: Nada. (Se arrodilla ante el altar.)

CRISTINA: (Baja del balcón.) Buenas tardes. (Justa la mira sin entender. Cristina la saluda con la mano y le responde igual. Cristina arregla las flores de la imagen con su tijerita.)

ENRIQUETA: (Ora.) No molestes a la Niña, Cristina.

CRISTINA: No molesto, Queta. Estoy cortando las hojas viejas.

ENRIQUETA: Son flores de plástico, Cristina.

CRISTINA: También se secan, Enriqueta. (Termina. Se persigna y arrodilla. Justa las ve y cruza los brazos.) Ven a rezar, Justita. (Con un gesto.) Ven.

ENRIQUETA: No hay apuro. Déjala que espere el Angelus.

CRISTINA: Déjala tú que haga lo que ella quiera, que decida sola. (A Justa.) Ven. Mejor temprano, acuérdate que es sábado. (Justa se acerca y se arrodilla.) Pídele a la Niñita que Teresa no se sienta mal hoy día.

ENRIQUETA: ¿Hay luna llena?

CRISTINA: Sí. (Rezan. Dalila entra, se sienta a la mesa y se mira en su espejito de mano. Teresa entra y la peina.)

DALILA: Cuando me muera... ¿se me abrirá la boca?

TERESA: (Muy dulce.) Si estoy viva y tú quieres, te la puedo cerrar.

DALILA: Jó. Qué cómico. Una vez vi un viejito en su cajón: le habían cerrado la boca con un pañuelo amarrado. Parecía que se había muerto de dolor de muelas.

TERESA: Te la puedo amarrar con un lazo. Así parece adorno.

DALILA: Todavía no sé. Además, soy la más joven. Les voy a cerrar la boca a toditas. ¿Tú quieres?

TERESA: ¿Qué?

DALILA: Si quieres que te cierre la boca.

TERESA: No lo he pensado. Creo que no importa.

DALILA: ¡Cómo que no, si no cierras la boca, por ahí empiezan los gusanos! Te van a comer la lengua, Teresita.

TERESA: No me importa. Todo es cuestión de resignación.

ENRIQUETA: Rézale a la Niñita y te dará lo que le pidas.

DALILA: Todavía no son las seis.

CRISTINA: Pero a las seis dan el programa de Ferrando. Si rezamos por adelantado podemos ver televisión.

DALILA: Yo prefiero rezar a las seis. (Pausa. Dalila hace muecas ante el espejo.)

TERESA: No hagas muecas. Mi papá me lo prohibía.

DALILA: No es bueno, ¿verdad? Me puedo arrugar. (Ríe.)

TERESA: Está oscureciendo rápido. Pero no hay nubes. El cielo parece un tazón de fierro azul.

DALILA: ¿Has estado mirando el cielo?

TERESA: Hace un ratito me asomé. (Le toma la mano.) No te preocupes.

DALILA: No, ¿por qué?, si la que se vuelve loca no soy yo. (Ríen.)

ENRIQUETA: Chist. (Rezan. Pausa.)

TERESA: Anoche soñé que incendiaba la casa. (Todas la oyen.) Me dio miedo. Esta es la casa donde nací. Acá todavía penan mi mamá y mi papá. Aparecen como el duende de la higuera, siempre.

DALILA: No asustes, o'e.

TERESA: Los he escuchado peleando. Ella no cocinaba bien, y él la resondraba porque no le gustaba su sazón.

CRISTINA: Olvídate, ven a rezar.

ENRIQUETA: Sí, ven. Hoy vi caminar a la Niñita.

TERESA: ¿Caminó? ¿La imagen? Yo soñé que caminaba por el aire; la Niña subía una escalera invisible que la llevaba al Cielo.

JUSTA: Qué bonito.

TERESA: No era bonito, no. Porque yo sólo veía sus pies de muñequita que avanzaban así, tic tic tic. Y cuando miré arriba...

DALILA: ¿Qué viste?

CRISTINA: ¡No le preguntes!

TERESA: La Niñita estaba colgada del pescuezo. No caminaba, estaba pataleando. Y más arriba pataleaba mi mamá, y se escuchaban campanas.

CRISTINA: Ya estuviste mirando la luna.

TERESA: (Sin oír.) Ellas sonaban como campanas.

DALILA: Otra vez te vuelve la locura.

TERESA: No, estoy tranquila. Son sólo sueños, no he visto la luna. Con los ojos cerrados veo lunas también, como hostias que vuelan y me persiguen, como caritas de angelitos que me vigilan molestos. No me hacen daño. Estoy tranquila. (Se arrodilla y reza.)

DALILA: Verdá, está quietecita.

CRISTINA: (A Teresa.) Pero no te asomes al balcón.

TERESA: No. Quiero rezar.

DALILA: (A Justa, que enciende el televisor.) ¿Vas a poner a Ferrando?

JUSTA: Sí.

Todas se ubican ante el T.V. excepto Teresa. El aparato las ilumina pero no emite sonidos.

CRISTINA: (A Teresa.) ¿Te molesta el tele?

ENRIQUETA: Reza cortito y ven a ver. Van a cantar cuatro muchachos.

DALILA: Ese tiene cara de que viene de pedilón.

JUSTA: ¿Cómo?

DALILA: Que ese va a pedir algo, tiene cara de teatrero.

JUSTA: No. Tiene cara de pena. ¡Ah! (Se asombran.)

ENRIQUETA: ¡Le falta una pierna!

DALILA: ¿Qué estará diciendo el zambo? Seguro pidiendo que alguien le regale una pata'e palo para el chico.

JUSTA: No, estará contando qué le pasó al cojito.

DALILA: Qué terrible, ser hombre y perder un miembro.

CRISTINA: ¡Cállense que no dejan ver! Dale brillo, Justita. (Justa regula el T.V. mientras Teresa, adusta, habla con la Virgen.)

TERESA: Niñita, Niñita, ¿tú sabes el nombre de mi mamá?

CRISTINA: ¿Qué le habrá pasado? No me lo explico.

TERESA: Era nombre de india, sus papás lo sacaron del Santoral: Teófila.

ENRIQUETA: Un accidente, ve, Ferrando se emociona.

DALILA: Y lo abraza. Es un pan de Dios.

TERESA: Pero era cobarde. Soñaba que a las paredes les salían bigotes, y lloraba. Mi papá la odiaba. La perseguía. Mi mamá decía que sus ojos quemaban. No los aguantaba, y yo no entendía.

DALILA: Pero el negro es maloso, se puede burlar del lisiadito.

TERESA: Mi papá decía que ella apestaba igual que la tierra de las montañas.

ENRIQUETA: ¿De dónde será? No es cholo.

TERESA: Pero a mí ese olor me gustaba. No entiendo. Creo que soy serrana. De chica no sabía quién era. Pero ahora sí. La tierra me lo dijo.

JUSTA: El pobrecito estaba trabajando en mina y quizá le aplastó su pierna el derrumbe.

DALILA: En las minas trabajan los serranos, y ese es medio zambo.

TERESA: Soy del Cuzco.

ENRIQUETA: Cuando jugaba fútbol se debe haber fracturado, por jugar muy fuerte y en horas de clase.

CRISTINA: No, fue accidente de moto. ¿Vieron la boca de Ferrando? Me pareció que dijo "moto".

DALILA: Pudo haber dicho "foto". De repente era fotógrafo. (Teresa inicia un rito extraño, como si se vistiera y saludara a lo lejos.)

CRISTINA: Yo creo que dijo "moto".

DALILA: Sería "foto"

CRISTINA: Moto.

DALILA: Foto.

JUSTA: Uy. ¡Está llorando! (Miran conmovidas.)

ENRIQUETA: Le está dando ropa, vean.

DALILA: Qué zambo tan gente, caray. Le regaló su colchón y su cocina de kerosene. Ya se va el cojito. (Miran T.V. Teresa concluye su rito haciéndose una trenza.)

CRISTINA: ¿Qué haces, Tere? (Teresa la mira con desprecio. Le escupe.) Ay, Dios. Ya comenzó.

DALILA: Pero estaba tranquila, no hay que darle tanta bola. (Siguen viendo T.V. Teresa echa llave a la puerta y se sube a la mesa.)

ENRIQUETA: Van a cantar. Esa chica tiene cara de bolero. (Canta.) "Quise motivar tu vida, quise motivar tu vientre..."

CRISTINA: No, no, rancheras: "¡No vale nada la vida, la vida no vale nada!"

JUSTA: ¡Huayno es! (Canta y llora, en quechua.)

DALILA: ¡Cállense! (Las otras cantan.) ¡Oigan, la locumbeta se subió a la mesa!

TERESA: (Señala al horizonte.) Soy el inca Manco Cápac. Lancé mi bastón de oro en el cerro Waca Waca.

ENRIQUETA: (Sonríe.) Huanacaure, Teresa, el cerro Huanacaure.

TERESA: Y mi barra de oro se perdió. Hay mucho ratero en este sitio. Para fundar el imperio tenemos que acabar con los bigotones rateros hermanos Yawar.

CRISTINA: Te vas a caer, Teresita. (Le tiende una mano.)

TERESA: ;Fuera, fuera! El inca está indignado en las alturas monumentales, ;se han robado la tierra y mi bastón! Mataron a Atahualpa, ;justicia! Hay que romper las cadenas.

DALILA: ;Lo que te vas a romper es la cadera, baja!

TERESA: ;Nunca, brujo, el inca es inmortal! ;El inca vive siempre con su macana y su chumpi!

JUSTA: (Ríe.) Chumpi usan las mujeres.

TERESA: (Baja.) El Inca de Piedra se baja del monumento en la Plaza Manco Cápac. Pisa los carros ladrones, pateo las luces ladronas, ;rasca la vereda porque abajo está su reino! ;Agarra la torre del estadio y la usa como lanza! (Toma una escoba como arma.) ;Qué quieren? ;Fuera! ;Quién dejó entrar las tres calaveras? ;Aunque me disparen no me matan! ;Ladrones! ;No se roben mi sangre que es la unión del Ucayali con el Marañón! ;No se roben mis animales para cortarles el pellejo y usarlo de barba roja hecha de vicuña, barba negra hecha de plumas, barba rubia del otorongo! ;No robarás, ladrones! ;Ama sua, ama llulla, Amazonas! (Pega escobazos. Todas se esconden.) ;Vengan, peleen! (Escupe.) ;Es el río que se los va a llevar! ;Le he mandado a la tierra que tiemble! ;Al sol que se ponga de espaldas o lo amarro en una piedra! ;Váyanse o los atravieso! (A la imagen.) Niñita María, tú eres la luz, la incareina, la incanata, la incaniña, ;tú mandas que los mate y yo los mato! (Pelea con ardor contra sus fantasmas. Las demás miran aterradas.)

CRISTINA: ;Quédate quieta!

ENRIQUETA: Atahualpa no está muerto, si tú eres Manco Cápac, él todavía no ha nacido.

TERESA: ;Los brujos mienten, caballos que hablan y cagan cizaña!

ENRIQUETA: Tú eres el primero y Atahualpa es el catorce: (De memoria.) Manco Cápac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui...

TERESA: ;No me digan el futuro, quiero pasado! ;Dónde están los ladrones? ;Dónde está el que convirtió a mi mamá en campana? ;Yo soy hijo de María Angola!

DALILA: ;Hay que agarrarla, vamos! (Justa trata de quitarle la escoba.

Teresa la arroja con un empujón que la hace perder una carta de su zapato.)

TERESA: ;Atrás, atrás! ;El parque Túpac Amaru y la Plaza Manco Cápac se mechan con la estatua de Pizarro! Yo le rompo la pata al caballo de bronce pero Pizarro le perfora la piscina al parque. Se le va el agua, se muere Túpac, me quedo solito... ;¿Dónde estás, te has metido al palacio!? Te has subido en la higuera, ;ya te vi! (Sube al balcón.) ;Voy a saltar a la higuera! ;No te escapas!

DALILA: ;Ahurita se desgracia!

CRISTINA: ;Se va a matar! (Corren hacia ella. Justa la toma de la trenza. La bajan a tirones y Dalila la envuelve con el mantel del comedor.)

TERESA: ;Déjenme, déjenme! ;No me descuarticen! (Cristina abre un cuarto para encerrarla.) ;Sáquenme! ;Este es el cuarto del rescate! (La meten a la fuerza y trancan la puerta.) ;Lo voy a llenar de caca hasta donde llegue mi mano levantada! ;La mano del inca que señala al cielo! ;La mano del hijo del sol que le echa la culpa a su papá porque lo están martirizando! (Cerraron: su voz ya no se oye. Sólo golpes en la puerta.)

ENRIQUETA: Escuchen. (A lo lejos tañen campanas.) El Angelus. (Apaga el televisor.)

CRISTINA: ;Y esta carta? (Mientras todas rezan, encuentra una carta en el suelo y la guarda. Suena en el cuarto trancado un resonante pedo.)

ENRIQUETA: Ayúdala, Niñita María.

(4: Querida Mariposa.)

Las mujeres, luego de rezar, salen por el pasillo que va a los dormitorios.

Cristina, a solas, abre la carta. Saca una lupa de su mandil y lee.

CRISTINA: "Querida mamá". (Se detiene. Repite incrédula.) Querida mamá. (Lee en voz baja. Se pone de pie.) Viene. ¡Viene a buscarme! Niñita María... ¡es tu milagro! ¡Me habías estado escuchando! (Lee.) No dice qué hace, qué piensa, dónde vive... nada. No habrá querido preocuparme. ¡Sólo ha pensado en mí! ¡Gracias, Niñita! Y trae un regalo. Pero tú sabes lo que te he pedido, Niña: que me saque de esta casa. Aquí hay muchas cosas que no comprendo. ¿Por qué Enriqueta se queda tan tranquila cuando no le llegan sus cheques de jubilación? No quiere salir de aquí para ir a reclamar. Dalila dormida se ríe sola, parece que hablara con su marido, dice cochinadas pero siempre con nombres distintos. Justa no habla. Teresa se vuelve loca todos los meses. Y he visto fantasmas caminando por los pasillos. Una mujer de blanco con una cinta en el cuello. Un hombre que discute con las paredes. A veces pasa una imagen que se parece a mí. No aguanto las cosas que nadie puede explicar. Me dice Dalila que soy yo misma que tal vez me voy a morir y estoy recogiendo mis pasos. Justa dice que esta casa está sobre una huaca, y los muertos salen a guiarnos hacia el tesoro. Están muy mal y yo no quiero acabar como ellas. Pero no tengo a dónde ir. Teresa nos recibe porque es buena, y también porque le daría miedo vivir sola. No nos cobra. Antes las monjitas nos traían comida, pero hace un mes se olvidaron de nosotras. Si no fuera por Justa que tiene amigas en el mercado que le fían verduras, no viviríamos. ¿Y esto es vivir? ¿Soportar el olor de las otras? ¿Tener miedo de salir, como presas en una cárcel invisible? ¿Aguantar tanto pasado encima de nosotras, como la tierra sobre los cajones? (Respira hondo.) Siempre hice algo. Siempre pude. No me quedaba quieta mirando una pared. Si paro, me muero. Así he sido desde chica. Mi vida es una carrera. Cuando fui enfermera aprendí que mueren más rápido los que se quedan estáticos, esos

enfermos que se encierran en su fantasía y miran al techo como si vieran un barco en el horizonte, una película que no se entiende y que se corta de golpe con el apagón de la muerte. Eso no es vivir. Vivir es entender y acá no entiendo nada. Samuel me quiso por eso. Porque podía explicarle muchas cosas. El estudiaba mucho y eso me agradaba. Iba a ser biólogo. Primero hizo arqueología y no lo llenó. Luego Literatura, pero de las letras no se vive. Luego fue Medicina. Pero se aficionó a los muertos. Me contaba que algunos estudiantes se acostaban con las difuntas, y alguna vez me pareció que hablaba de él mismo. Me alegré cuando se pasó a Biología. Ahí lo conocí mejor: lo ayudaba a ordenar su colección de mariposas. Las atrapaba en todas partes y las pasaba con un alfiler sobre un cartón. Como aviones volando encima del mar, así se veían las pobres clavadas en la pared celeste. Aleteaban mientras sentían el alfiler, pero después se quedaban quietas. Como si entendieran. Cuando él les echaba gotitas de formol, ellas se lo tomaban para no sentir, aunque Samuel me explicaba que los insectos no sufren. Yo le contestaba: no sufren pero entienden, que es peor. Mucho aprendí de él y de los insectos. Había tenido otra mujer antes y de ella se había guardado una muestra de sangre. Era tranquilo. A veces muy frío, pero eso me enamoraba, que no reaccionara nunca a gritos, que no se enojara cuando le avisé que estaba encinta, por ejemplo. Me dijo que era error de cálculo mío, y que eso lo desilusionaba. Pero no se molestó. Sólo habló. Si yo te hubiera conocido, Niñita, te hubiera pedido que lo detengas. Pero no estabas y se lo llevó. Sin odios ni maldad. Decidió que eso era lo mejor para todos. Un día regresé del trabajo y encontré la cuna vacía. No me dejó ni un papel. Lo busqué en los hospitales, en la asistencia, ¡dos días seguidos esperé en la Morgue! (Suspira.) Nada. Yo entendí. Era mucha vida para él. Se maravilló y se lo llevó. No tenía ni tres meses. Fui a preguntar a la facultad de Biología, su mamá, a sus amigos. Nada. Luego no quise sentir. ¡Más pasiones, no! ¡Más tormentos, no! Me quedé sola en esa casa, llena de animales disecados y frascos de colores. Cuando pasó el tiempo me acostumbré. Quise empezar a tomar como las

mariposas, pero Dios me libró de caer en eso. Entonces me di cuenta: el tiempo. Ese iba a ser mi formol. Y me he pasado la vida chupándome el tiempo, esperando que llegue el día siguiente, no sé para qué. Miraba a los niños y me los figuraba muñecos porque si me dejaba llevar me robaba uno y me iba lejos a criarlo, para ver en él la cara de Samuel aunque no se pareciera, para que crezca y me ayude a vivir y a entender. Pero no me robé a ningún bebé. Pensé mucho pero no hice nada. Ni lloré, ¿sabes? Cerré bien mi corazón. Lo tranquilé como esa puerta que el papá de Teresa cerró hace 70 años. ¿Qué se saca de atormentarse y llorar? Si se lo llevó es porque me vio muy niña, punto. Lo demás son remordimientos que no llevan a nada concreto. El odiaba los arranques de pasión de las mujercitas típicas. Eso me enamoraba más de él. Su distancia. Cuánta distancia. Hubiera querido encontrarlo algún día y preguntar sin emocionarme: ¿cómo se llama?, ¿a quién se parece?, ¿tiene gestos míos?, ¿mantiene la calma? (A la imagen.) Tú me traes las respuestas. Gracias por esta carta. Las otras te piden paz, felicidad, cariño. ¡Eso es fácil! A mí me has hecho el milagro más difícil: darme explicaciones. Aunque sea en este sobre que no tiene firma, que parece hecho en imprenta por la linda letra que tiene. Hasta hay fotitos de los regalos, una licuadora, una batidora, un televisor. Ahora entiendo, virgencita linda. Yo quería respuestas y mira cuántas me das. (Mira ensimismada la carta.)

(5: El Hijo Pródigo.)

Justa entra y ve a Cristina leyendo.

JUSTA: ¿Carta?

CRISTINA: Sí. Para mí.

JUSTA: ¿Dónde estaba?

CRISTINA: En el suelo.

JUSTA: Estaba en mi zapato.

CRISTINA: Yo la encontré en el suelo.

JUSTA: Dame, a ver. (Cristina se la da.) Es mía.

CRISTINA: No, Justa. (Sonríe.) Tú no sabes leer.

JUSTA: Pero es mía.

CRISTINA: Dámela. Ven, déjame que te lea.

JUSTA: (No se la da, sólo se la acerca.) A ver.

CRISTINA: Dice: "querida mamá".

JUSTA: ¡Es mía, entonces!

CRISTINA: No me grites. Devuélvemela.

JUSTA: ¿Qué?

CRISTINA: No te hagas. (Con un gesto.) Dame.

JUSTA: No.

CRISTINA: Por favor.

JUSTA: No. (Se aleja. Cristina la retiene.)

CRISTINA: Es mía.

JUSTA: Suelta.

CRISTINA: ¡Dámela, que es mía!

JUSTA: ¡Suelta!

CRISTINA: Acá dice "querida mamá".

JUSTA: Por eso, pues. Mi hijo me ha escrito.

CRISTINA: ¿Acaso has tenido hijos?

JUSTA: ¿Y tú?

CRISTINA: No te importa.

JUSTA: Entonces es mía de Abancay, por eso el sobre tiene tierrita.

CRISTINA: Tiene una pisada. Pero es mía.

JUSTA: No.

CRISTINA: ¡Dámela! (Forcejean.)

DALILA: (Entra.) ¿Qué tanto gritan, caracho?!

JUSTA: ¡Esta carta es mía y me quiere quitar!

CRISTINA: Dalila, ayúdame, es una carta para mí.

DALILA: (Toma la carta.) ¿Cómo sabes que es para tí? Tú no ves ni tus manos, Cristinita.

CRISTINA: Pero es mía.

JUSTA: ¡No!

DALILA: Shh...déjenme leer.

ENRIQUETA: ¿Qué pasa, chicas?

DALILA: Una carta.

ENRIQUETA: Cartas de amor en clase son pecado. (Toma el sobre y lee.) "Querida mamá".

DALILA: (Lee la carta.) "Querida mamá: te escribo recordando la fecha sublime que celebramos este domingo, y prometiendo venir a visitarte"

JUSTA: ¿Va a venir?

DALILA: ¿Qué fecha sublime es este domingo?

ENRIQUETA: Doce de mayo, San Pancracio.

DALILA: Día de la Madre, ¡qué burras somos!

JUSTA: Dame mi carta.

ENRIQUETA: Mañana es el día de la Niñita María, futura Madre de Dios.

DALILA: Estoy leyendo, ¡jó! "Querida mamá, yo sé que apreciarás verme otra vez, pues la vida tan activa que llevamos hoy, nos aleja a unos de otros. Por eso he decidido traerte un presente. Un regalo que alegrará tus días y que te

hará recordarme siempre, cuando cumplas esas tareas que una madre no puede dejar de lado."

CRISTINA: ¡Es mi hijo, ya sabe que soy muy activa! Se lo habrá contado Samuel.

DALILA: ¿Cómo sabes que's tu hijo, si no dice tu nombre?

CRISTINA: Se deduce.

DALILA: "Prepárate para recibirme. No espero nada a cambio del regalo. Sólo un abrazo y un beso para recordar ese gran amor que siempre me tuviste y que, como madre, se mantiene encendido como una llama en tu corazón".

ENRIQUETA: ¡Es Cristo! ¡Viene a ver a su Madre María!

JUSTA: No. Es mi hijo.

CRISTINA: No la firma nadie, por eso es mía, ¡porque yo no sé el nombre de mi hijo!

DALILA: ¿No estarás inventando, o'e? Tú nunca has contado que tuviste hijo.

CRISTINA: ¿Y a ustedes qué les importa?

DALILA: ¿Y cómo vas a tener un hijo sin saber su nombre?

CRISTINA: Eso es asunto mío.

DALILA: El asunto será tuyo. Pero la carta, lo dudo, ah.

CRISTINA: ¡Dame mi carta!

ENRIQUETA: (Se la quita a Dalila.) ¡Esta carta es para ti, Niñita! ¡Cristo te ha escrito! ¡Esta carta es palabra de Dios!

JUSTA: Te adoramos, Señor.

ENRIQUETA: (Lee.) "Tu Hijo que te adora", eso dice al final. Es Jesús el que adora a su Santísima Madre.

CRISTINA: ¡Déjame ver! (Forcejean todas.)

ENRIQUETA: ¡Suelta, esa carta es santa!

CRISTINA: ¡Es mía!

JUSTA: ¡Mía, yo tengo mis hijos!

ENRIQUETA: ¡Es del Hijo de Dios!

DALILA: No peleen, ¡también podría ser mía!

TODAS: ¡Dámela! ¡Suelten! (Dalila la toma. Corre al roperito al fondo y la mete por una rendija.)

DALILA: ¡Ya está, carajo! ¡Ahora es mía! ¡Yo también tuve mi hijo!

JUSTA: ¡Putas no tienen hijos!

DALILA: ¿Qué has dicho, india de mierda?

ENRIQUETA: Moderen su vocabulario que hay una niña presente.

DALILA: ¿A ti qué te importa mi vida, ah? ¿Tú has sido santa? ¿Y de dónde tuviste hijos, del aire?

JUSTA: Yo no soy puta.

ENRIQUETA: No peleen.

DALILA: ¿Y de dónde sacas la comida que traes? ¿Del mercado, o de algún viejo que te manosea y te da plata?

JUSTA: ¡A ti te gustará que te manoseen!

DALILA: ¡Quién te va a agarrar a ti, si una india vieja no sirve ni pa'comida de gato! ¡Las zambas siguen firmes, pero las cholas se arrugan!

(Justa, con odio, golpea el ropero.) ¡No hagas eso, india!

JUSTA: ¡Acá, acá! (Tira de la puerta del mueble. Cristina y Enriqueta se lanzan a ayudar.)

DALILA: Dejen mi ropero, ¡sal, india ratera! (Rompen la cerradura y hurgan enloquecidas entre los cachivaches.)

JUSTA: Ratera tú, caraju, ¡esto has robado de nosotras!

DALILA: ¡Fuera de ahí!

CRISTINA: Mira: ¡un babero!

ENRIQUETA: ¡Un carrito de juguete!

JUSTA: ¡Un pañal sucio!

CRISTINA: ¡Un pelo en una bolsita!

DALILA: ¡Salgan, pué!

ENRIQUETA: ¡Un portaligas!

CRISTINA: ¡Medias de nailon! ¡Una copa rota!

DALILA: ;No toquen!

ENRIQUETA: ;Un libro de bebés!

JUSTA: ;Un lápiz de labios!

CRISTINA: ;Un sostén con encajes!

ENRIQUETA: ;Una tarjeta de un médico!

CRISTINA: ;Más tarjetas, todas de hombre!

JUSTA: ;Fotos de bebés calatos!

ENRIQUETA: ;Un fajo de cartas!

CRISTINA: ;Un pañuelo mojado!

JUSTA: ;Fotos de mujeres calatas!

CRISTINA: ;Un misal, un diario!

ENRIQUETA: ;Una cinta roja!

CRISTINA: ;Un condón! ;Otro condón!

DALILA: ;Fueraaaa!

ENRIQUETA: ;Un feto! (Dalila las empuja. Un frasquito cae y se rompe. Quedan
estáticas.)

CRISTINA: (Lo pisa con delicadeza.) No es un feto. Es un muñequito de jebe.
(Se alejan de Dalila que suspira y guarda sus cosas.)

JUSTA: (Ante la puerta.) Ya viene.

CRISTINA: El mismo nos dirá la verdad.

ENRIQUETA: Es el Hijo de Dios. Viene para el Juicio Final.

CRISTINA: No dice si viene hoy o mañana.

JUSTA: Pero viene, ;qué más tú quieres! (Se sienta en el suelo.)

ENRIQUETA: No va a entrar por la puerta. Su luz divina bajará por el balcón.

Silencio. Esperan. Suena la sirena de un carro de bomberos que pasa velozmente.
Sus luces rojas atraviesan la habitación.

CRISTINA: ¿Dónde será el incendio?

ENRIQUETA: En el infierno. (Tocan. Enriqueta cae de rodillas. Justa y Cristina se pegan a la puerta.)

CRISTINA: ¿Quién es?

JUSTA: Está con llave.

DALILA: Teresa la tiene.

CRISTINA: (Corre a la puerta trancada.) ¿Teresa? ¿No escuchas? (Toca.)
¡Teresa!

ENRIQUETA: Jesús quiere que la saquen del Purgatorio.

Justa retira la tranca. Cristina entra al cuarto y sale con la llave.

CRISTINA: Está dormida. Cierra, apúrate.

Justa no cierra el cuarto. Van hacia la puerta. Abren. Entra un hombre de 30 años, con un portafolios.

CRISTINA: ¿Eres tú?

HOMBRE: Buenas noches, señoras.

CRISTINA: Eres mi hijo.

JUSTA: Mío.

ENRIQUETA: Es el Hijo del Señor.

HOMBRE: ¿Puedo pasar?

CRISTINA: Claro, entra. (Lo sientan a la mesa.)

JUSTA: ¿Cómo estás? Ibas a traer regalo.

HOMBRE: ¿Cómo?

DALILA: Déjenlo hablar. Que diga a quién'ta buscando.

HOMBRE: Es una cosa muy simple, ¿sabe? No quiero molestarlas.

CRISTINA: No molestas, hijo.

ENRIQUETA: ¿Quieres conocer a la Niña María?

HOMBRE: ¿Cómo?

ENRIQUETA: Ven. Voy a presentarte a tu madre. (El se deja llevar hacia la imagen. Enriqueta le mira las palmas.) ¡No tienes heridas!

CRISTINA: ¿Ya ves, Enriqueta? No es hijo de Ella.

HOMBRE: Perdón. No entiendo.

JUSTA: Mírala. (Por la imagen.) ¿Tu madre es? ¿Ella es?

HOMBRE: ¿Mi madre?

DALILA: ¡No señales, malcriada!

JUSTA: No es, no es Hijo del Dios.

DALILA: Ya no hables, chola, cierra la puerta que se va a escapar. (Señala el cuarto de Teresa.)

HOMBRE: ¿Qué tienen ahí?

CRISTINA: Es... es un perro bravo. Está medio loco.

JUSTA: Pero está durmiendo. No asustes.

CRISTINA: Deja a mi hijo.

DALILA: ¡Déjenlo hablar!

HOMBRE: Gracias. ¿Saben a qué vengo?

CRISTINA: A vernos.

JUSTA: ¿Día de la madre es mañana, no?

DALILA: ¿A qué vienes?

HOMBRE: A... (Saca unos papeles.) Tengo que hacerles unas preguntas.

CRISTINA: Yo también.

DALILA: ¿Qué quieres saber?

ENRIQUETA: ¿Por qué lo abandonó su padre cuando lo clavaron en la Cruz? (Teresa hace ruidos.)

HOMBRE: ¿Se va a salir?

CRISTINA: No, está dormido.

ENRIQUETA: Se llama Armagedón, es el perro del diablo.

HOMBRE: (Cobra valor.) Soy parte de un grupo numeroso de...

JUSTA: ¿Cuántos?

HOMBRE: ¿Cómo?

JUSTA: ¿Cuántos hermanos tienes? Yo tuve muchos hijos.

HOMBRE: No entiendo. Yo vengo... soy parte de un grupo numeroso de personas que deseamos saber...

CRISTINA: Curioso, has salido a tu padre.

HOMBRE: ...deseamos saber cuál es la forma de vivir en esta parte de La Victoria.

DALILA: ¿A qué has venido?

HOMBRE: A hacer una encuesta. ¿Tienen televisor?

CRISTINA: ¿Televisor?

DALILA: ¿No lo ves?

JUSTA: Sí tenemos.

HOMBRE: ¿Radio?

DALILA: Uno viejo que no prende. (A Cristina.) Pregunta para darnos el regalo.

HOMBRE: ¿Licuadora? (Justa niega en silencio.) ¿Batidora? (Idem.) ¿Plancha?

CRISTINA: Hay una que no se puede usar mucho rato porque huele a quemado.

DALILA: ¿Pa'qué preguntas tanto, ah?

HOMBRE: Es parte de la encuesta. ¿Trabajan?

ENRIQUETA: No.

CRISTINA: Ella (Señala a Enriqueta.) recibe una pensión de maestra jubilada, pero nunca le pagan. Cuando va, le dicen que el cheque ya fue enviado por correo.

DALILA: Pero nunca llegan, jód. Le roban.

ENRIQUETA: Es el caos del Fin del Mundo.

CRISTINA: Ahora dinos: ¿de quién eres hijo?

HOMBRE: Eso ha sido todo. (Guarda su papel.) Gracias.

CRISTINA: Ahora tienes que contestar, ¿ya?

JUSTA: ¿Eres hijo de mí o de ella?

HOMBRE: Yo...yo me retiro...

CRISTINA: ¿De quién?

DALILA: Eres mío. Esa nariz tuya es de zambo.

HOMBRE: (Sonríe.) ¿Es un juego, señoritas... señoras?

CRISTINA: Pero tienes los ojos de Samuel. Y las ganas de averiguar todo.

JUSTA: Manos de abancaíno tienes, diles que soy tu mamá.

HOMBRE: No sé de qué me hablan.

CRISTINA: Sí sabes, por algo escribiste la carta.

DALILA: Si eres mi hijo, tendrás el mismo lunar que yo, abajo de la axila.
(Hurga bajo la camisa del hombre.)

ENRIQUETA: ¡Vas a encontrar la herida del Centurión!

JUSTA: Mira, su pelo tiene como era mi hombre.

CRISTINA: (Le toma la mano.) Cómo te llamas, ¿Samuel?

HOMBRE: Suéltense, por favor.

ENRIQUETA: Toca esta vela y bendícela.

DALILA: Sal, loca, deja a mi hijo en paz. (Busca.)

HOMBRE: No hagan eso.

DALILA: Déjame verte el lunar.

CRISTINA: ¿Cómo se llama tu padre? ¿Samuel?

HOMBRE: ¡Déjenme!

CRISTINA: ¡No te pares!

HOMBRE: Pero...

CRISTINA: ¡Obedéceme que soy tu madre!

HOMBRE: Se están equivocando...

DALILA: Pero eres hijo de alguna, ¿no? ¿De quién?

CRISTINA: Samuel tenía las piernas peludas. (Le busca bajo las medias.)

JUSTA: (Lo toca.) Las orejas de mi papá.

ENRIQUETA: El día que te bese un hombre, piensa: ...

CRISTINA: ;Las tiene peludas!

DALILA: Eres mi hijo, di la verdad.

ENRIQUETA: ...piensa: "es un traidor".

HOMBRE: Suéltente.

JUSTA: ;Y el regalo?

HOMBRE: ;Regalo?

JUSTA: Esta carta tuya dice: regalo traeré para mi madre.

HOMBRE: ;Yo no he escrito ninguna carta! (La mira.) Es un aviso de artefactos, yo no lo mandé.

CRISTINA: Tú fuiste, no mientas. Te arrepientes de verme aquí, vieja entre viejas. (Le jala el cabello.)

JUSTA: Mentiras dices para hacer sufrir, ¡igual que tu padre!

HOMBRE: ;Yo no he escrito nada, está hecho en imprenta, es publicidad de un almacén!

DALILA: Hipócrita'e miércoles, tienes vergüenza de mí, ;de tu ma're!

HOMBRE: ;Déjenme salir!

JUSTA: Duro te voy a dar por querer irte. (Le quita la correa.)

HOMBRE: ;Qué les pasa? ;Suéltente!

CRISTINA: ;No le grites a tu madre! (Le jala el pelo.)

DALILA: (Lo abofetea.) ;Mentiroso! ;Ni regalo, ni abrazos, ni besos! ;Nada!

HOMBRE: ;Déjenme ir!

JUSTA: ;Toma, duro! (Le pega con la correa.)

DALILA: ;Para qué escribiste esta basura, para qué?

HOMBRE: Yo no fui, es un aviso, ;es propaganda, señora!

ENRIQUETA: ;Y no te da vergüenza mentir así?

CRISTINA: Mira lo que has hecho. ;No me dejes!

DALILA: Llévame, ;no te vayas! (Lo torturan.)

JUSTA: ;Trae tus hermanos!

HOMBRE: Por favor... (Forcejea.) ;déjenme!

DALILA: ;Te quedas!

HOMBRE: Me tengo que ir, ¡me tengo que ir! (Lucha contra ellas que lo retienen y agreden.)

TODAS: Te quedas, no te muevas, obedece, no desprecies a tu madre, sácanos de aquí, llévame de regreso con Samuel, a Abancay, a Chíncha, al Paraíso, pórtate bien, siéntate, déjanos tocarte, cambiarte los pañales, no patalees, dame esa ropa sucia, no empujes a tu mamá, mamita soy, no me pegues, ven, ven, bendícenos con un beso, bendícenos diciendo mamá, no te vayas, ven, tú nos mandaste esta carta, es un aviso, el aviso de que venías, el aviso de que nos recuerdas, el aviso de tu retorno para el Juicio Final, no te vayas, llévame, perdóname, bendíceme, entiéndeme, háblame, mátame, ¡bésame! ¡No te escapes! ¡Ven! ¡Regresa!

El hombre, golpeado y desgarrado, huye. Ellas corren hasta la puerta pero no logran detenerlo. Enriqueta se da golpes de pecho. Dalila y Cristina se miran. Justa se arrodilla. Teresa sale de su cuarto y las contempla.

TERESA: El Hijo Inca Jesús se baña en un río de fuego que lo hiere y se lo lleva por mandato de su Padre Dios Sol. Pero después, ¿de quién es la culpa? ¿Quién se ahoga en el agua negra de la noche? ¿Quién llora estrellas? Ella.

(Señala la imagen.) Adoren a la Niñita María. (Le manda un beso volado.) Ella es la Luna.

TELÓN FINAL DEL PRIMER ACTO.

SEGUNDO ACTO

(6: Freu dich, María.)

Dalila chilla antes de abrirse el telón. Amanece el domingo 12 de mayo.

DALILA: ¡No está! ¡La llave no está! ¡Justa! ¡Cristina!

Se abre el telón: Dalila levanta con sus gritos a todas -excepto Teresa- que salen tras ellas. La sala está adornada con ángeles, estrellas y medias lunas recortadas en papel viejo.

CRISTINA: ¿Qué pasa, por qué gritas?

DALILA: ¡La llave 'taba en la puerta, y ya no está!

ENRIQUETA: ¿Has visto bien?

DALILA: ¡Claro! ¡De repente se han metido a robar, y se han tirado la llave!

CRISTINA: Se hubieran llevado otras cosas, Dalila. ¿Y cómo hubieran entrado?

DALILA: ¡Con la llave, pé!

ENRIQUETA: ¡Pero si se la han robado después!

DALILA: No me entienden, caray! ¡No-es-tá!

CRISTINA: Teresa cerró anoche con llave, cuando le dio el ataque.

DALILA: Pero después ustedes le quitaron la llave pa'abrirle al hombre que vino a preguntar, ¡y ya no está!

CRISTINA: Teresa pudo tomarla otra vez, no te exaltes.

DALILA: He soñado con rateros, uno me agarraba el pescuezo y ¡ñac! ¡Me lo cortaba!

ENRIQUETA: (Al muro.) ¿Niñas, alguna tiene la llave?

ALUMNAS: (A coro.) ¡Buenos días, señorita Enriqueta!

CRISTINA: No te sientas mal, Enriqueta, ésta se levanta siempre con una angustia nueva.

DALILA: No es angustia, ¡es verdá! ¡La llave ha desapareció!

CRISTINA: La debe tener Teresa en su cuarto, eso pasa por no encerrarla.

ENRIQUETA: Anoche me ayudó a cortar los adornos y se fue a dormir.

CRISTINA: (Abre el cuarto de Teresa.) No le pusiste la tranca.

ENRIQUETA: Se durmió como un bebé.

CRISTINA: ¿Teresa? (Asoma.) ¿Teresa?

DALILA: Ay Dios, ¡no está!

CRISTINA: Cálmate, cálmate...

DALILA: ¡Se la llevó! ¡Se llevó la llave, no está!

CRISTINA: Sí, sí, pero no sabemos...

DALILA: ¡Tiene que haber sido ella! ¡Me levanté y miré la chapa, y no estaba! ¡La ha sacado y se la ha lleva'o!

ENRIQUETA: Vamos a rezar por ella.

DALILA: ¿Cuál rezá? ¡Tenemos que conseguir un fierro!

ENRIQUETA: ¿Fierro para qué?

DALILA: ¡Pa' rompé la pue' ta, seguro nos ha echa'o llave y nos hemos quedado encajonadas! ¡No vamos a poder salir!

CRISTINA: Dalila: nunca salimos.

DALILA: Un fierro, un fierro...

ENRIQUETA: Niñas, vamos a rezar por la señora Teresita.

DALILA: ¡Busca un fierro, loca!

CRISTINA: Me estás metiendo miedo. De repente caminó hacia La Parada.

ENRIQUETA: (A sus niñas.) Vamos a cantar una canción para la Reina de Reinas y Madre entre Madres, por su día. ¡Uno, dos, tres!

ALUMNAS: (Cantan.)

¡Freu-dich, du Himmels kš-ni-gin!

¡Freu-dich, Ma-rí-a!

¡Freu-dich, das Leid ist al-les-hin!

¡Freu-dich Ma-rí-a!

CRISTINA: Enriqueta, deja eso. ¿Tú la viste salir?

ENRIQUETA: No. (Dalila reza.)

CRISTINA: O sea que se fue tarde. A esa hora hay ladrones en la calle. Hay negros.

DALILA: Que sean negros es lo de menos, ¡pero que no le hayan roba'o la llave!

ENRIQUETA: A esa hora no salen las mujeres decentes.

CRISTINA: La pueden haber creído una cualquiera.

DALILA: No hablen así, ¡se me encoge el ombligo!

ENRIQUETA: Dicen que las violan y las entierran en los arenales.

CRISTINA: Abajo de los cerros de basura.

ENRIQUETA: Adentro de los árboles secos.

DALILA: ¡Cállense! (Sigue rezando.)

CRISTINA: ¿Y si se fue a El Porvenir? En ese barrio todos mueren.

ENRIQUETA: Y muchas pierden la honra.

CRISTINA: Antes era decente, pero ahora...

DALILA: ¡Silencio! (Cierra los ojos con fuerza.)

CRISTINA: Hace como diez años me dormí en el microbús. Me desperté, me bajé y me di cuenta: estaba en El Porvenir.

DALILA: ¡No hablen!

CRISTINA: Y en un parque había palomillas mirando una piscina vacía donde un pobre loco, con las nalgas al aire, se movía como caballo. Delante de él había una mujer, ¡una loca! Los dos se ahogaban en el agua invisible. Y a mí también me faltó el aire.

DALILA: ¡Shh!

CRISTINA: ¡Pobre Teresa si acabó por allá! Pensar que ese barrio era decente y había girasoles en los jardines...

ENRIQUETA: Ya no, Cristina. El Porvenir ya no es lo que era antes.

Enriqueta se sienta y recorta corazones. Dalila tiembla. Cristina mira la puerta. Silencio.

CRISTINA: No tardará en volver. Abrirá la puerta con la llave y se nos pasará el susto.

ENRIQUETA: ¿Y si toca?

CRISTINA: No va a tocar. Tiene llave. (Silencio. Alguien toca suavemente.)

DALILA: Nos jodimos. Se le perdió.

ENRIQUETA: ¿Se la habrán robado?

CRISTINA: ¿Sabrán que es de esta casa?

ENRIQUETA: Abran.

DALILA: ¿Pero cómo, loca, si nos ha encerra'o? ¡Apuesto que echó llave cuando salió!

CRISTINA: ¿Ahora cómo va a entrar?

DALILA: ¿Qué vamo'a hacer con los pericotes? ¡Se van a meté en la noche y nos van a desgüellar!

CRISTINA: Pero si está con llave, ¿no dices?

DALILA: ¡Pero la llave la tienen ellos! ¡Sólo tienen que hacer esto pa'entrá!

Tira de la cerradura y la puerta, que estaba sin llave, se abre. Hay un hombre en el umbral.

TODAS: ¡Ahhh!

DALILA: ¡Un ratero! ¡Fuera, carajo!

CRISTINA: ¿Quién es usted?

CARTERO: ¿Qué pasa, por qué me carajea? ¡Encima que vengo!

DALILA: ¿A qué?

CRISTINA: ¿Quién es usted?

CARTERO: ¿Y usted? ¿Quién es usted?

CRISTINA: Yo vivo aquí. ¿Y usted?

CARTERO: Soy el cartero. ¿Por qué me tratan mal?

ENRIQUETA: No nos diga: alguna desgracia.

CRISTINA: Váyase mejor.

DALILA: Déjenlo que hable. ¿A qué viene?

CARTERO: A lo mismo que vengo siempre.

CRISTINA: A usted nunca lo hemos visto.

CARTERO: ¿Ustedes viven aquí?

CRISTINA: Hace años.

CARTERO: Qué raro, con la cantidad de veces que he venido este año. Yo sólo conocía a la señora que firma con una cruz, la serranita.

CRISTINA: Justa, ¿usted la conoce?

CARTERO: Ella me abre siempre. A veces, antes que yo toque. Me tiene calculado.

DALILA: ¡Justa!

CRISTINA: No está.

CARTERO: ¿Y ahora a quién le entrego esta carta? Me han dicho que es urgente, me sacaron de la casa de mi viejita, en pleno domingo, para entregarla.

CRISTINA: Llévesela, no queremos nada, ¿verdad Dalila?

DALILA: Queremos es mucha gente.

CARTERO: ¿Usted es Daniela?

DALILA: Dalila.

CARTERO: (A Cristina.) ¿Y usted?

CRISTINA: Qué le importa.

CARTERO: Es que esta carta es para una señora Teresa Gómez.

DALILA: No e'tá.

CARTERO: ¿Y como dijeron que se llamaba la cholita?

CRISTINA: Justa. Tampoco está.

CARTERO: ¿Justa? ¡Me ha estado recibiendo las cartas de la señora Teresa! Creí que era ella, pucha, ¡si se enteran me despiden! Como firmaba todo con equis... y le agarré confianza, y le dejé los cheques también... ¡soy una bestia! (Se golpea la frente.)

CRISTINA: ¿Cheques para quién?

CARTERO: Para una señora Enriqueta Ubilluz.

ENRIQUETA: Presente.

DALILA: ¿Usted le ha traído cheques? ¿Y se los dio a Justa?

CARTERO: Todos los meses, ¡soy una bestia! Es que le agarré confianza y... ¡quién me manda confiar en cualquier mujer!

CRISTINA: Esos cheques...

CARTERO: ¡No me hable ya me crucé, era la empleada y se escapó con todo! ¡Voy a terminar preso!

CRISTINA: ¿Justa? No, ella vive aquí. Pero no está.

DALILA: ¿Y por qué nunca te entregó tus cheques?

CARTERO: ¡Ya ve, ya pasó algo! ¡Ahora me botan! ¡No me acusen, por favor!

CRISTINA: ¿De qué?

CARTERO: ¡De entregar mal las cartas!

CRISTINA: Nadie lo va a acusar de nada, cálmese.

CARTERO: Es que me pasa de todo, soy un salado. Me sacan de la casa de mi vieja en pleno Día de la Madre para traer este sobre urgente. Vengo y la señora no está, ¡y encima me entero que he metido la pata hace cuatro meses!

DALILA: Ahora entiendo, pé. Verdad que hoy es domingo y la chola sale temprano, dizque a conseguir comida fiada.

CRISTINA: ¿Qué entiendes?

DALILA: ¡Que sale a gastarse los cheques de Enriqueta!

CRISTINA: ¿Pero cómo cobra, si los domingos no hay bancos?

DALILA: Algo hará.

CARTERO: ¿Y ahora? ¿Qué hago con esta carta?

CRISTINA: Teresa no está.

CARTERO: ¿A qué hora vuelve? No voy a esperarla todo el día, pero es urgente.

CRISTINA: Déjela con nosotras.

CARTERO: ¡Ni hablar! ¡Otra más y me despiden! Y este es sobre legal, del Municipio, ¡esos controlan todo!

CRISTINA: Pase, Teresa no tarda en...

CARTERO: No puedo, tengo que irme: dejé a mi mujer donde mi mamá ¡y se odian! ¡Se debe estar armando la de Dios es Cristo!

DALILA: ¿No puede dejarnos la carta? Mire que es urgente.

CARTERO: No es la primera que traigo, ¿sabe? ¿Tienen algún juicio?

CRISTINA: Dios no lo quiera.

DALILA: ¡La chola de mierda, qué hará con las cartas!

CRISTINA: Déjela, por favor.

CARTERO: Imposible, señoras.

DALILA: Oiga, so mequetrefe, si no nos deja la carta lo acusamos y lo botan, ¿qué le parece?

CARTERO: ¡No, eso no! Pero tampoco... ¡qué problema! Ya sé: léanla delante mío, y después me la devuelven. ¡Eso sí puedo hacer, la correspondencia legal viene en sobres abiertos! (Saca el papel del sobre.) Y agradézcanme que cometa esta infracción, no se la cuenten a nadie. ¿Qué hago si me botan? Mi mujer no trabaja, con las justas se ocupa de la casa, y renegando. Es una ociosa. ¡Y los que más sufren son mis cuatro hijitos, que le estarán destrozando la casa a mi mamita. ¿Leyeron ya?

DALILA: Sí. ¿Leíste, Cristina?

CRISTINA: Creo que sí.

CARTERO: ¿Qué caras son esas, señoras? (Guarda la carta.)

CRISTINA: Malas noticias, joven. ¡Váyase! (El cartero quiere despedirse pero ellas cierran la puerta.)

DALILA: Cha' que somos... me cayó como un balde de agua.

CRISTINA: ¿Inhabilitación o inhabitación? No leí bien.

DALILA: Inhabitación de la finca. O sea que no podemos habitar la casa, ¿no?

ENRIQUETA: ¿Qué hablan? ¿Qué decía la carta?

DALILA: Que'l procedimiento, que la finca, que'l plazo estableció pa'la inhabitación...

ENRIQUETA: ¿Un plazo?

CRISTINA: 48 horas. Eso quiere decir...

DALILA: Eso quiere decí: desalojo. Y encima esa chola'e mierda te ha'stado robando los cheques.

CRISTINA: ¿Qué fecha tenía?

DALILA: ¿La carta? 11 de mayo.

CRISTINA: Ayer. Si el plazo es de 48 horas...

DALILA: Nos botan entre hoy y mañana. No van a poder, ¡ya me van a ver a mí!

¡Esta casa es de Teresita! ¡Aquí vivimos!

CRISTINA: Tal vez Teresa le debe a alguien, y por eso se la quitan.

DALILA: ¡Ya sé! ¡Peor que eso!

LAS OTRAS: ¿Qué?

DALILA: ¡Teresa quiere botarnos! ¡No se atreve a decirnos, y ha hecho juicio!

CRISTINA: Qué tonterías, ¿cómo va a desalojarse a sí misma?

DALILA: ¿Quién va a ser entonces? Deuda no puede ser, ¡nunca han venido a cobrar!

CRISTINA: No sabemos, la que abre es Justa...

DALILA: ¡Eso es! ¡La chola! Se agarró los cheques y ha hecho trámites pa'quedarse con todo.

CRISTINA: ¿Cómo va a hacernos un juicio la pobre Justa, si es analfabeta?

DALILA: Se hace, pues.

ENRIQUETA: Un juicio cuesta plata...

DALILA: ¡Paga con tus cheques! ¡Ya me va a oír esa chola!

CRISTINA: Estás loca.

DALILA: ¿Y dónde está, a ver?

CRISTINA: En el mercado, pidiendo fiado para darte de comer.

DALILA: Voy a ver si su ropa no está. (Sale por el pasillo.)

CRISTINA: Está nerviosa.

ENRIQUETA: Por el desalojo.

CRISTINA: Pero nunca vamos a acabar mal, somos mujeres, ancianas y católicas. Las monjitas nos recogerían en su asilo, tal vez sería mejor...

DALILA: (Vuelve.) ¡Eso! ¡Ellas han sido!

CRISTINA: ¿Quiénes?

DALILA: ¡Las monjitas! Con el cuento de la comida venían a visitarnos, pero en verdá nos estaban pasteando. ¡Un mes nos tuvieron sin comer! ¿Por qué desaparecieron? ¡Porque ya estaba todo listo, pé! Si no es por la pobre Justa que salía a pedir fiado...

CRISTINA: ¿La pobre Justa? ¿No era ella la que nos iba a botar?

DALILA: ¡No, ahí 'tan sus cosas! ¡Son las monjitas! Por eso preguntaban tanto.

CRISTINA: Estás hablando cada tontería...

ENRIQUETA: Las monjas no botan gente, ellas tienen casas donde reciben a las...

DALILA: Y esas casas, ¿de quién son? De otra gente, pues, que no les dio gusto y ¡zas, le quitaron su casa! ¡Habrán visto a Teresa con la luna y la han hecho firmar con engaños!

CRISTINA: Eso que dices es una blasfemia.

DALILA: No, ¡es verdá! ¿¡Por qué habrá tanta maldá, tanta ambicia?!

ENRIQUETA: No digas eso delante de la Niña María.

DALILA: Mejor que aprenda cómo es el mundo. ¡Además, a ella también la van a botar!

CRISTINA: ¡Cálmate, alguien nos ayudará!

DALILA: (Chilla.) ¿Ah, sí? ¡¿Quién?!

ENRIQUETA: Dios.

DALILA: ¿No seas ilusa! ¿Quién crees que le da tanta suerte a las monjitas, ah? ¿Quién las ayuda? ¿A quién le rezan ellas? ¡A Dios, pé! ¡Ya les hizo el milagrito! ¿Acaso nosotros le ponemos velas de este tamaño? ¿Medallas de plata? ¿Cruz de oro? No pues, ¡ellas sí! ¿¡Dios, si tanto las quieres por qué no te las recoges, ah?!

CRISTINA: Contrólate...

DALILA: ¿Es que nos van a botar! ¡Nos van a botar!

ENRIQUETA: ¿Silencio! (Alza la mano pero no le pega. Dalila llora y la abraza.)

CRISTINA: Estás inventando tonterías.

DALILA: ¿Y la carta? ¿Y las 48 horas? ¡Tú la leíste!

Largo silencio. Enriqueta canta en voz baja y mece a Dalila.

ENRIQUETA: Sale el sol

 de un claro y dulce despertar
 el corazón nos va diciendo que hay en toda inquietud
 una azul y luminosa realidad
 que allá en el fondo del camino, ¡esperándonos está!

Alguien toca suavemente la puerta.

DALILA: ¿Ya ves? Ahí están. Vienen a botarnos. (Suspira.)

CRISTINA: Así no tocan los que desalojan. ¿Tan despacito?

ENRIQUETA: Debe ser alguien que se equivocó de puerta.

CRISTINA: Además, hoy es imposible que vengan. ¿No es el Día de las Madres
Se quedan quietas. Ahora tocan con fuerza.

DALILA: ¿De cuáles madres, ah? ¿De cuáles?

(7: Un 31 de octubre.)

TERESA: (Afuera.) ¡Enriqueta, Dalila! ¡Ábranme, chicas!

DALILA: ¡Es Teresita! (Le abren.)

TERESA: Uy, las tres han salido como si yo fuera visita. (Ríe dulcemente.)

DALILA: ¡Pobrecita!

CRISTINA: ¡Te has amanecido afuera, Tere! (La abrazan.)

TERESA: Cuánto cariño, me siento como el gato que regresa después de una semana.

DALILA: No hagas esas bromas, Teresita.

ENRIQUETA: ¿Dónde has dormido?

TERESA: En el parque, hijas, no se desesperen. ¡Si he amanecido escuchando los pajaritos de la mañana! ¡Y los niños van por la calle con sus claveles en el Día de la Madre!

ENRIQUETA: Uno rojo si está viva, uno blanco si está con el Señor. (Pausa.)

TERESA: ¿Y por qué no hablan? ¿Pasa algo malo?

DALILA: Cuéntale tú, Cristina.

CRISTINA: Malas noticias, Tere. ¿Tienes alguna deuda grande?

TERESA: ¿Qué pasó?

DALILA: Las monjitas van a desalojarnos.

TERESA: ¿Cómo?

CRISTINA: No es así, eso dice ella. ¿No tienes deudas?

TERESA: ¡Ninguna! ¿Pero qué es eso de desalojarnos?

DALILA: Nos van a quitar la casa, Teresa. Vino un cartero con un papel. En 48 horas van a proceder a la inhabitación.

TERESA: Esta casa es mía.

DALILA: Y no sabes otra: ¡Justa se ha esta'o robando los cheques de la Queta! ¡El cartero los traía y ella se los cutreaba! Por eso sale los domingos, seguro pa' comer con la plata de ésta.

TERESA: ¡Ay, esto parece una telenovela! ¿Por eso han llorado?

DALILA: ¿Y no tienes miedo?

TERESA: (Sonríe dulce.) Tengo documentos. Soy hija del dueño, lo puedo probar. Debe ser un error, no me pueden quitar la casa.

ENRIQUETA: Todo se puede quitar.

DALILA: Hasta la vida. Justamente, vivir es quitar.

TERESA: (Ríe.) Qué ocurrentes. ¡Si tengo los títulos!

DALILA: Sácalos pa'que se frieguen.

TERESA: ¿Quiénes?

DALILA: ¡Las monjitas!

CRISTINA: Dice que las monjas son las que quieren desalojarnos, que por eso ya no vienen.

DALILA: Nos tasaron y desaparecieron.

TERESA: Esta casa es mía. Mi papá la mandó construir.

DALILA: ¿Y el terreno sería de él?

TERESA: Era de mi mamá.

DALILA: ¿Y a quién le consta? Papelito canta: ¿dónde están los títulos?

Nunca se han visto, ah.

TERESA: Esperen, me acuerdo que los guardaba mi mamá... o mi papá... yo los vi de chica...

DALILA: Eso sería en el año de la pera, pero ¿dónde los tienes?

TERESA: ¡No me apures! ¡Tienen que estar en la casa!

DALILA: ¿Dónde?

ENRIQUETA: Yo sé dónde hay papeles viejos. Me los diste anoche.

TERESA: No me acuerdo.

ENRIQUETA: Con ellos cortamos las estrellitas.

TERESA: Ah, ya sé, los traje del baño seco.

CRISTINA: ¿Y cortaron esos papeles antiguos? ¡Qué han hecho! (Va sobre los recortes para leerlos con su lupa.)

DALILA: ;Zonza! (La empuja.) ;Son puras revistas viejas!

TERESA: (Ríe.) ;Increíble, increíble!

DALILA: ;Te van a botar y te jaraneas?

TERESA: Y todo por unos papeles, ;increíble!

DALILA: A mí, gracia no me hace. ¿Qué son los títulos? Papeles. ¿Y las leyes? Papeles. ¿Y la platita? Papel también. La bola del mundo es una bola de papel. Y de papel son los cheques que se ha robado la chola, y eso es un delito ilícito de expropiación.

TERESA: ;Increíble! (Ríe.)

DALILA: La mosquita muerta se hacía la sorda y tremendo buitre que resultó. Ahorita estará llenándose la panza, y con el sencillo que le sobre nos va a comprar nabos para que coma su conciencia y no se le indigeste el remordimiento. Voy a ver si tiene plata entre su ropa. (Sale por el pasillo.)

TERESA: Cuánta novedad, Enriqueta. ¿Qué pasará?

ENRIQUETA: Vamos a cantar por el Día de la Madre.

AMBAS: (Con mímica infantil que Enriqueta conduce.)

 ;Oh Sol, oh Sol, oh nuestro Padre Sol,

 tu luz, tu luz, tu luz nos cubre ya!

 ;Con nuestros arcos y flechas, vámonos juntos a combatir!

 ;A defender nuestra patria, hasta vencer o morir!

DALILA: (Vuelve con Cristina.) No hay ni un mango. ¿Qué hacen?

CRISTINA: No están los documentos.

TERESA: Cantábamos.

DALILA: ;Ayuden a buscar!

CRISTINA: ¿En tu colchón?

DALILA: ¿Entre tu ropa?

TERESA: No, no...

DALILA: ¿Dónde escondes el kerosene?

TERESA: Si les digo dónde está, se lo gastan todo en puros tés.

CRISTINA: ¿Dónde están los documentos, Teresa?

DALILA: ¡Atrás de la Niña María!

CRISTINA: ¿Abajo de las macetas? ¿Entre tu ropa? (Teresa niega con la cabeza. Piensan.)

DALILA: ¡Claro, ya'stá! ¡En el cuarto clausurado! ¡Ese que tu papá cerró hace mil años!

TERESA: 70.

DALILA: ¡Hay que abrir!

TERESA: No.

DALILA: ¿Por qué? ¿Tú sabes lo que hay adentro?

TERESA: Muebles viejos.

DALILA: En los muebles hay cajones. ¿Y en los cajones?

ENRIQUETA: Muertos.

DALILA: ¡Papeles! ¡Ahí'tán, resuelto el misterio!

CRISTINA: Vamos a quitar la tranca.

TERESA: ¿Y si no están?

DALILA: ¡Acabamos en la calle!

ENRIQUETA: No, en un asilo.

DALILA: Sí, cómo no. Al Hotel Crillón nos van a llevar.

CRISTINA: Lo que pasa es que eres una hereje.

DALILA: Y tú, una confiada. Por eso defiendes a las monjas.

CRISTINA: No es confianza, es lógica.

TERESA: No peleen.

DALILA: ¡Vamos! (Arremeten contra la puerta cerrada.)

TERESA: Pero... (Tiembla.) ¡No! Tengo miedo. ¡Allí están! Mi mamá está en el cuarto.

DALILA: No seas fantasiosa.

TERESA: ¡Está adentro con mi papá!

CRISTINA: Imposible. ¡No hay nadie en ese cuarto!

CRISTINA: Acompáñala, Enriqueta. ¡Conversa con ella! (Los sellos de la puerta caen fácilmente.)

TERESA: No abran.

CRISTINA: No mires.

TERESA: Ahí está mi madrecita, yo entré a los nueve años y besé sus zapatos. Era 31 de octubre, el día de mi cumpleaños y el de ella también. Mi boca chocó con su piececito, miré para arriba y la vi. Con el cinturón de mi papá.

(Pausa.) ¿Está? ¿Está?

DALILA: (Asoma.) ¡No se ve ni hostia!

CRISTINA: Enriqueta, ¿por qué no cantan?

ENRIQUETA: Oh sol, oh sol, oh nuestro padre sol...

TERESA: (Imita a Enriqueta, atenta al cuarto.) ¿Está?

CRISTINA: (En la habitación oscura.) Cuidado.

ENRIQUETA: Tu luz, tu luz...

TERESA: ¿Está mi papá?

ENRIQUETA: ¡Tu luz nos cubre ya!

DALILA: ¡No hay nadie!

CRISTINA: Cuidado.

ENRIQUETA: Con nuestros arcos y flechas...

CRISTINA: Por aquí, aquí hay algo...

ENRIQUETA: ¡Vámonos juntos a combatir!

DALILA: Un mueble de madera...

ENRIQUETA: Con nuestros arcos y flechas...

TERESA: ¡Un ataúd!

ENRIQUETA: ¡Vámonos juntos a combatir!

CRISTINA: Ayúdame, Dalila.

DALILA: ¿Qué cosa tengo en la mano?

TERESA: La mano de mi mamá.

ENRIQUETA: A defender nuestra patria, ¡hasta vencer o morir!

DALILA: ¿Qué es esto?

ENRIQUETA: ¡A defender nuestra patria...

CRISTINA: ¡Ayúdame!

DALILA: ¡Espera! ¿Qué es?!

ENRIQUETA: ...hasta vencer o morir!

DALILA: (Aterrada.) ¡¡¡Ahhh!!!

CRISTINA: ¡Acá están! ¡No grites, míralos!

TERESA: ¿Quiénes son? (Abraza a Enriqueta.)

DALILA: (Sale sacudiendo el brazo.) ¡Una araña! ¡Una araña!

CRISTINA: ¡Acá están! (Aparece con un fajo de papeles.) ¡Los títulos de propiedad!

Dalila pisotea la araña y todas suspiran por razones distintas.

(8: Agua bendita.)

TERESA: ¿Son los títulos?

DALILA: A ver ... (Lee fuera.) Predio ubica'o en el número 17 de la calle Bronce de Carbajal.

TERESA: Esta es la casa, ¡estos son!

CRISTINA: ¡Y acá, el nombre de tu papá! ¡Ya no nos botan!

TERESA: (Sonríe nerviosa.) ¿Qué susto, no?

CRISTINA: Lo que me extraña es que vengan a desalojar después de una sola notificación. Siempre envían tres. Justa las debe haber botado. (Deduciendo.) ¿Saben que le tiene miedo al papel? Una vez las monjitas le dejaron un misal, una estampita y un librito, y de miedo los quemó. Será por no saber leer.

DALILA: Hizo bien.

CRISTINA: Sigues con lo mismo.

TERESA: Ya no se peleen, ¿ahora qué más hay que hacer?

CRISTINA: Supongo que un trámite. Tal vez nos orienten en la parroquia.

DALILA: ¡Ahí sí que te delatas en tu ingenuidad! ¡Te quieren picar las avispas y tú corres pa'l panal!

TERESA: El padre es buena gente, Dalila, si hasta nos saluda.

CRISTINA: Nunca lo has visto, se parece a San José.

DALILA: Sí, vayan pa' que las serruche, confiadas. Ellos llevan agua pa'su molino.

CRISTINA: Tú desconfías hasta de tu sombra. Y a él nunca lo has visto.

DALILA: Conozco al cura de Chincha, que cobra en dólares. Al de Cañete, que no reza pa'negro, al de Nazca, que cobra por los santos óleos. Y el de Ica, en la salida, nunca le vio los ojos al Señor de Luren.

TERESA: Lo que tú tienes es resentimiento.

DALILA: Así le dicen a la precaución.

CRISTINA: Hasta de las pulgas le echaste la culpa a las monjitas, ¿se acuerdan?

DALILA: ¿Y quién más las iba a traer? ¡Ellas, pé!

TERESA: Justa sale al mercado, Dalila. Tú vas donde el emolientero. Yo también salgo a veces...

DALILA: ¡Como anoche!

TERESA: ¿Qué creíste? ¿Que me habían robado unos curas? (Ríe.)

ENRIQUETA: Malhablada, hay que contarte la historia de la serpiente. (De memoria, como maestra.) "Paseando por un trigal, un campesino se encuentra una culebra muerta de frío. "¡Pobre culebrita, dice, está casi congelada! Pero yo la calentaré". El labriego se mete el áspid al pecho, para que reviva, y en cuanto la sabandija recupera el sentido, el hombre nota que se mueve dentro de su camisa. "Ahora debes tener hambre, pobrecita" dice el ingenuo, y tomando un pedazo de pan, se lo alcanza al reptil introduciendo su mano por una abertura de sus botones. ¡Ay, desdichado! ¿Saben lo que le hizo la vil alimaña?

DALILA: ¡Lo has contado diez mil veces!

ENRIQUETA: "Viendo acercarse la mano que la alimenta, se lanza sobre ella, y ¡flash! la pica y mata con su veneno al ejemplar campesino, y mueren ambos..."

TODAS: (A coro, hartas.) ...el piadoso envenenado y la serpiente de frío!"

(Ríen. Silencio.)

DALILA: Digan lo que quieran, pero si el cura sale con alguna rareza, acuérdense de mí. Y cuando llegue Justa y el aliento la delate...

CRISTINA: Sí, Justa debe explicar qué hizo con los cheques.

DALILA: Comer, Cristinita. Y a nosotras nos trae sus sobras.

TERESA: (Mira los títulos.) La última vez que los vi fue hace muchos años.

DALILA: ¿Tu mamá se llamaba Teófila? Qué raro.

CRISTINA: ¿Y Dalila? Es nombre de peluquería.

DALILA: Y Cristina es el gorro que usan los cachacos.

TERESA: Chicas... (Sonríen en paz. Suenan campanas.) Las doce y no llega Justa. Ojalá no le haya pasado nada.

DALILA: De pasar, debe estar pasando y pasando. A esta hora ya debe estar en chupadera de dedos. (Se mira las uñas.) ¿Qué son estas manchas blancas?

ENRIQUETA: ¿En las uñas? Son pecados.

TERESA: Falta de hierro, querida.

CRISTINA: No, falta de calcio.

DALILA: ¡Será falta de mercurio, más bien! (Bromea.) Falta de "mercurio", ¿no entienden? El merco, pé, ¡la comida! (Ríe, las demás sonríen. Largo silencio.)

TERESA: A veces la vida parece un largo momento de paz. (Sonríe al vacío. Silencio.)

ENRIQUETA: A veces un largo momento de paz parece vida.

Dalila se esmalta imaginariamente las uñas. Enriqueta recorta un ángel de papel. Cristina lee. Teresa sonríe mirando al vacío. Alguien toca.

CRISTINA: Alístate, Teresa. Son los del Municipio. Toma los papeles.

TERESA: Tenlos tú. Esta tinta se corre con el agua y a mí me sudan las manos.

Abren. Entra el cura con una caja de cartón.

CRISTINA: Milagro. Estábamos hablando de usted.

TERESA: ¡Padre! ¡La Niña lo trae! ¡Si nunca nos ha visitado!

CURA: Hijas, que gusto veros, pero quitaos que la caja pesa, ¡pronto! (Le dan paso. Pone su carga en la mesa.) Y ahora sí, ¡venid a mis brazos! ¡Feliz día, madres!

ENRIQUETA: Padrecito...

CURA: (Las abraza.) No digáis nada, cada mujer es una madre al fin de sus días, aunque sea de mente y de corazón.

CRISTINA: ¡Qué oportuna es su visita!

DALILA: Qué casualidá, ¡justo cuando las monjitas se han hecho humito! ¡Ay, qué lindo!

ENRIQUETA: Es un milagro de la Niña María, no te burles.

TERESA: Sí, de milagro cae usted, ¡nos quieren desalojar!

CRISTINA: Suerte que tenemos los documentos, porque si no...

CURA: ¿Desalojo, decís?

CRISTINA: Nos han avisado hoy mismo, buscamos los títulos de propiedad y mire, ¡los encontramos!

CURA: Esperad, poned la mesa para el almuerzo y hablemos al comer.

TERESA: Sin preocupaciones, ¿verdad, padre? Porque no va a pasarnos nada, ¿cierto?

CRISTINA: No queremos perder la casa de sus padres.

CURA: Es famosa esta "mansión", pero no vendría mal arreglarla un poco, ¿eh? El frío se ha metido a vivir con vosotras y parece que no os dais cuenta. El piso está arruinado, hijas.

TERESA: La cuidamos como podemos, padre.

CURA: Justamente las monjitas me contaron cómo vivíais...

DALILA: ¡Ah, se conocen! ¿Por qué no han vuelto, padre?

CURA: Bueno, fue un asunto extraño... ellas recibían comida de una entidad que acabó siendo un negocio ilícito, y desapareció.

ENRIQUETA: Hemos estado comiendo pecados.

CURA: No, vosotras estáis absueltas. (Las bendice.) ¿Y esa muñeca?

TERESA: ¡No la ha saludado, padre! ¡Es nuestra Niña María!

CRISTINA: Si supiera cómo nos protege.

CURA: Pero no entiendo... ¿María? ¿La Madre del Señor?

TERESA: Sí, cuando era chiquita, con lacitos y encajes, ¿no es divina?

CURA: Hijas, las cosas hay que decirlas claras: ésta no es imagen de culto. Es una linda muñeca la que tenéis en casa, pero nada más.

ENRIQUETA: Pero es santa, padrecito.

CURA: Se ve a la legua que es un muñeco infantil, un juguete, ¡eso está clarísimo! Y no debe tener ni la bendición.

ENRIQUETA: Bendígala usted.

CURA: No, no se merece esto nuestra Inmaculada, que amar a la Señora Divina no es cuestión de juego. Ya os traeré yo mismo una que tengo por allí, una Lourdes un poco parchadita pero adorable. Y no este juguete de almacén, que deshonra vuestras oraciones.

ENRIQUETA: Padre, no sea blasfemo.

CURA: ¡No me llames blasfemo porque me enojas y me haces hablar claro! ¡Esto que hacéis vosotras se llama herejía! ¡Idolatría! ¡Eso es! Adorar una imagen cualquiera, ¡acabáramos!

ENRIQUETA: Nos ha hecho milagros.

TERESA: A mí me curó la taquicardia y los retorcijones.

ENRIQUETA: Yo tomaba tres mejorales diarias para el dolor de cabeza, y ahora ninguna.

CRISTINA: A mí recién me está haciendo el favor que le pedí.

CURA: Basta, basta, vosotras veis milagros donde yo sólo veo ignorancia.

DALILA: Si usted viera como nosotras, también sería milagro, pé.

CURA: Ya, no discutamos, ni hoy porque es domingo ni nunca porque no sirve. Y venid a la mesa, que os traigo algo muy rico... (Reparte almuerzos en envases de plástico.) Espero que os guste, hecho con modestia pero con cariño por las madres del club parroquial, al cual, si me permitís hacer un comercial, podéis integraros el día que gustéis.

DALILA: Ah, mano de obra gratis.

CURA: Perdón, no te oí.

DALILA: Nada, padre, nada.

CURA: Ahora que te veo bien, ¿no te conozco de algún lado?

DALILA: No me pregunte, padre, ¡o me pongo a preguntar yo!

CURA: Bueno, ¡servíos! Pero antes, agradezcámosle al Señor lo que pone en nuestra mesa. (Rezan.) Gracias, Dios Nuestro.

TODAS: Gracias, Niña María. (Se sientan a comer con mucha modestia y más apetito.)

CURA: Así, ¡al ataque, señoras! (Ríe.) Nunca vi tanta mujer junta y callada, ¿de quién es el milagro? (A Dalila.) ¿Y tú, belleza, no comes? Se te va a enfriar.

DALILA: Estoy pensando, gracias. No tengo hambre.

CURA: ¿Por qué?

ENRIQUETA: Déjela padre, no le alcance el alimento porque sino...;flash!

CURA: ¿Cómo?

CRISTINA: No le haga caso. (Comen.)

CURA: ¡Qué buen diente! Y yo que traje cosas blandas, ¡debí venir con chocolates y caramelos! (Ríe.)

TERESA: Los chocolatitos no estarían mal... (Ríe.)

CURA: (La acaricia.) Otro día, hija, ya volveré por acá.

DALILA: Eso no lo dudo.

CURA: ¿Mujer, por qué tan hostil conmigo? Si te atormenta algo, dímelo, que más vale una colorada que dos amarillas.

CRISTINA: Ignórela, padre, la tiene preocupada el desalojo.

TERESA: Y también Justa.

CURA: ¿Quién?

TERESA: Una de nosotras que salió temprano y no regresa todavía.

CURA: Que bueno que me avisáis, me quedan almuerzos. Voy a dejaros uno para ella, que caerá con hambre, ¿no? Eso sí, ¡no lo toquen!

DALILA: Nadie lo quiere.

CURA: ¿Qué pasa contigo, mujer? ¡Si no hay problema con el tal desalojo! Calma en la mesa y en el corazón. Contad los detalles. Algo habrá que preocupa a esta muchacha.

CRISTINA: La carta decía que en 48 horas, desde ayer, vienen a deshabitar la casa.

CURA: ¿Y por qué?

CRISTINA: No dice. Pero es del Municipio, es legal.

CURA: Muéstrenmela.

TERESA: No la pudo dejar el cartero, yo no estaba. ¿Habrá que hacer algún trámite, padrecito?

CURA: Sí, alguna de esas cosas de leguleyos. Bastará hablar con el abogado de la parroquia para que os oriente.

CRISTINA: ¿Su parroquia tiene abogado?

DALILA: Seguro tiene hasta caja fuerte.

CURA: Se tiene lo necesario para atender a los fieles. Y de eso quería hablaros, pero estáis tan nerviosas con este asunto. ¿Tendríais que fotocopiar los títulos, sabéis eso?

CRISTINA: ¿Y con qué plata?

CURA: Yo puedo ayudar. ¿Terminasteis? (Recoge los trastos.) ¿Dónde laváis estas cosillas?

ENRIQUETA: No hay agua en el caño, pero yo le traigo un balde, saco del tubo de atrás. (Sale.)

CURA: Carecéis de agua corriente. ¡Bonita vida lleváis, y con tanto frío!

TERESA: No se preocupe, los chocolates que usted va a traer nos calentarán. (Ríe.)

CURA: ¡Ajá, la niña es dulcera! Pero hablando en serio: ¿no queréis vivir mejor? ¿Cómo es que soportáis?

CRISTINA: La Niña nos da fuerzas, padre.

DALILA: Aunque usted no crea en ella.

CURA: Ese es otro tema, dejémoslo ahí. Yo les traeré una virgen de las de a verdad, con todo y...

DALILA: ¿Nos quiere quitar a la Niñita también?

ENRIQUETA: (Trae un balde a duras penas.) El agua, padre.

CURA: Pero si apenas puedes cargarla, dame. (Lo pone sobre la mesa.) A ver, los documentos. Pero sin ponerlos en la mesa sucia, que se ven delicados.

ENRIQUETA: ¿Ya ve? Estos papeles son milagro de ella.

CRISTINA: Ella hace germinar lo que sembramos en el balcón.

CURA: ¿Suben por esa escalera tan vieja?

DALILA: ¿Qué tiene contra las viejas?

ENRIQUETA: Lo que sembramos allá, lo hace brotar Ella.

CURA: ¿Cierto? ¿Y por qué no sembráis monedas? (Ríe.) No más idolatrías. Si fuera milagrosa, en vez de vivir preocupadas por desalojos y cosas así, recibiríais la visita de vuestros hijos, eso sería buena prueba. Que alguno de ellos tocara la puerta en este instante.

Suenan golpes a la puerta.

TERESA: Allí están.

CURA: Es una coincidencia.

CRISTINA: Son los del desalojo, padre.

DALILA: Que no entren.

CRISTINA: Vamos, Teresa, trae el título.

DALILA: No te mariconees.

ENRIQUETA: Los domingos no se hace esto, ¿verdad, padre?

DALILA: ¡Y que no entren!

ENRIQUETA: Niñita, no los dejes.

TERESA: Defiéndanos, padrecito.

DALILA: No, ¡él no! ¡Esto es cosa de nosotras!

TERESA: La casa es mía, si yo quiero... (Tocan.)

CURA: Si me explicáis puedo ser útil.

DALILA: No hace falta explicarle nada, ¡bien que sabe! ¡No hay que abrir!

(Tocan.)

CURA: ¡Abrid, esto es desesperante!

DALILA: ¡Jó, qué ganas tiene de que abramos! Y justo llegan cuando usted está acá adentro.

TERESA: Dalila... (Tocan con fuerza.)

CURA: Voy a abrir.

DALILA: ¡No!

CURA: ¡Pero están tirando la puerta a golpes! Abrid campo, yo hablaré. (Abre la puerta. No vemos quién tocó.) No, señora, aquí no venga a pedir, éste es un hogar modesto. Vaya a la parroquia (Cierra.) Era una mendiga. (Tocan.)

DALILA: ¿Y si es una mendiga, por qué no se ha ido?

CURA: ¡Caramba! (Abre otra vez.) ¿Usted de nuevo? ¡Ya le dije que aquí no hay nada, no me haga perder la paciencia! (Cierra.) Es esa mendiga que va por el barrio entero pidiendo sobras. (Tocan.) ¡Si será impertinente la mujercita!

DALILA: ¿Por qué no se va, ah?

CURA: ¿Así que son mis cómplices, verdad? Pues voy a hacerla pasar para que os convenzáis. Es más: me queda un almuerzo y la voy a sentar a vuestra mesa, ¿está bien?

TERESA: Es un alma de Dios, usted.

CURA: (Abre.) Pasa mujer. Pasa y siéntate a almorzar. (Entra Justa. Lo evade enojada.)

TERESA: ¡Justa!

DALILA: ¿Cómo que es mendiga? ¡Es Justa, vive aquí!

CRISTINA: ¿Es verdad lo que haces, Justa? ¿Mendigar?

ENRIQUETA: Qué vergüenza.

TERESA: El mismo padre nos lo ha dicho. No lo puedes negar.

JUSTA: ¿Por qué cuentas, ah?

CRISTINA: ¿Es verdad o no?

JUSTA: ¿Por qué hablas, curita? ¿Por qué?

CURA: Cómo podía saber que...

CRISTINA: Nos has tenido comiendo basura.

ENRIQUETA: ¿Y mis cheques? ¿Dónde están?

CURA: ¿Cuáles cheques? ¿Qué es esto?

ENRIQUETA: Ven acá. (Tira de su ropa.) ¿Dónde está mi plata?

JUSTA: ¡Plata no tengo, plata no he agarrado! ¡Honrada soy yo! (Al cura.)

¿Qué has contado? ¡Has dicho que yo robo!

DALILA: ¡Pa'humillarte, seguro! ¡No la frieguen!

CRISTINA: ¡Ahora la defiendes y antes decías que era una ladrona!

ENRIQUETA: ¡Ven acá! Dime dónde están mis... (La sacude tirando de su blusa hasta romperla.) ¿Qué tienes acá?

Caen las cartas al suelo, desteñidas por el sudor, pegadas entre sí, arruinadas.

TERESA: Cartas viejas.

CRISTINA: Propaganda. Acá está todo lo que traía ese hombre.

TERESA: Ella lo escondía.

ENRIQUETA: Mis cheques, hay uno.

CRISTINA: Otro.

ENRIQUETA: Hay más, mira. (A Justa.) No te los has gastado.

TERESA: La tinta se ha corrido, ya no se pueden cobrar.

CRISTINA: ¿Por qué?

DALILA: ¿Por qué, Justita? (La abraza.)

CRISTINA: Acá están los sobres legales...

TERESA: Notificaciones, ya no se pueden leer.

CRISTINA: ¡Iban a desalojarnos, Justa! ¡Suerte que el cartero nos avisó!

DALILA: Si te guardabas el sobre de hoy... ¿Por qué?

ENRIQUETA: ¿Vio padre, que la Niña María es milagrosa?

CURA: Lo que veo es un laberinto tan complicado...

DALILA: Lo que usted ve es lo que le conviene, ¡cuando quiere humillar humilla, insulta, le dijo mendiga, nos trae comida como si fuéramos muertas de hambre, aunque usted querrá que nos muramos pa'que le dejemos la casa!

CURA: Hija, ¿qué película te estás pasando en la cabeza?

DALILA: ¡Has venido a tantear, tu comidita es puro pretexto!

CRISTINA: Estás hablando como el demonio, Dalila.

CURA: Vine para...

DALILA: ¿Para traernos el saludo de las monjitas?

CURA: ¡Es que así no se puede hablar!

DALILA: ¡Para quitarnos la casa!

CURA: ¡No!

CRISTINA: Ignórela, padrecito...

DALILA: ¿A qué vino?

CURA: Vine a... no sé cómo lo tomaréis...

DALILA: ¡Hable rápido!

TERESA: ¡No le grites!

CURA: Vine a ofreceros que paséis a un asilo.

CRISTINA: ¿Cómo?

DALILA: ¡Mentiras!

TERESA: Un cura no miente, Dalila.

CURA: Estaba esperando el momento, me habían hablado mucho del mal estado de esta casa y pensé... Conversando con vosotras, si lo aprobáis, podría conseguir vacantes en un hospicio... Tendríais lugar, amigas, ambiente de oración, una capilla, una virgen de verdad...

CRISTINA: ¿Cómo?

DALILA: No le crean.

CURA: ¡Lo último que esperaba era este trato agresivo! Venía trayendo cariño y se me responde con ofensas.

CRISTINA: ¿Un asilo, padre? ¿Con agua? ¿Con cuarto propio?

DALILA: Cuentos pa'quedarse con todo.

CURA: Es la pura verdad. (Pausa.)

DALILA: ¡No lo miren así! ¿Tú le crees, Enriqueta? ¿Teresa? Justa, ¿viste como te trató? ¡Como a pordiosera! ¿Le crees? (Justa niega con la cabeza.) Cristina, ¿dónde vas? (Cristina sale por el pasillo.)

CURA: Qué imaginación tienes, mujer, ¡qué capacidad para fabular maldades!

DALILA: ¡Insúltame, curita! Debes estar molesto por esto. (Sacude los papeles.) ¡Los títulos! ¡Creían que no los teníamos! (Rebusca en la caja del cura.) ¿Y qué nos traías, regalitos? (Arroja lana, palos de tejer, cosas para manualidades.) ¿Para qué tanta tontería? ¡Para endulzarnos! ¡No te ligó! (Ríe.)

CURA: Estás tomando todo a mal, yo...

DALILA: ¿Y estos lentes oscuros? ¿Nos ibas a llevar a la playa? (Se los arroja.)

CURA: Son de juguete, es que mañana...

DALILA: ¡Es que mañana nos botan, quieres taparnos los ojos!

CURA: ¡No, es que mañana hay eclipse de sol y no debe mirarse directamente!

DALILA: ¡Mentiras!

ENRIQUETA: Es verdad, Dalila. La luna tapa al sol, y la corona solar te quema la retina.

DALILA: Ja, lo que quisiera quemar él es esto, ¡los papelitos! ¡Y trajiste tijera para cortarlos, así! (Finge cortarlos.)

TERESA: ¡No los cortes!

DALILA: No voy a cortarlos, Tere, pero... (Al cura.) tú quisieras, ¿no? ¡Diablito! ¡A los diablos se les mata con una tijera!

CURA: Compórtate mujer, no te exaltes.

DALILA: ¡El diablo tiembla si se le enseña la tijera en cruz!

CURA: ¡No me agredas!

DALILA: ¡La colita te voy a cortar!

CURA: ¡No me amenaces! ¡Cálmate, hija!

DALILA: ¡Yo sé de donde te conozco, diablito, del burdel!

CURA: ¡Lejos, atrás! (Retrocede.)

ENRIQUETA: ¡Déjalo!

DALILA: ¡Por eso usas falda, diablito! ¡Ven pa'cortarte el cachito!

CURA: (Se escuda tras el balde.) ¡Cálmate, loca!

DALILA: Loca no estoy, quítame los títulos, ¡a ver!

CURA: ¡Aléjate o no respondo!

TERESA: ¡Lo va a matar! (Se tapa los ojos.)

CURA: ¡Eso es un arma! ¡Aléjate o no respondo!

DALILA: ¡Ven pa'cortarte la cola!

El cura le arroja el balde de agua cuando Enriqueta quería quitarle la tijera.

Dalila evade el baldazo, pero se mojan la maestra y el título.

ENRIQUETA: ¡Ayy!!

CURA: ¡Ella me atacó!

TERESA: ¡Queta!

ENRIQUETA: Mi espalda, mi pelo... (Tirita empapada.)

JUSTA: ;Los papeles!

TERESA: ;Se corre la tinta, sécalos, sécalos!

DALILA: (Al cura.) ;A propósito has hecho eso!

DALILA: ;Ven! (El se esconde en el cuarto clausurado.) ;Sal de allí!

TERESA: ;Los títulos, hay que secarlos!

ENRIQUETA: Séquenme a mí, a mí... (Se sienta aterida.)

DALILA: ;Sal, maricón, sal!

TERESA: Justa... agarra una velita a ver si los secas... ;llévalos al sol!

(Señala el balcón.)

Justa, desconcertada toma velas, fósforos y los títulos. Sube al balcón y trata de secarlos en una maceta vacía. Dalila aporrea la puerta.

TERESA: Enriqueta, no te asustes, es un poco de agua nomás... (Cubre con el mantel a Enriqueta, que tiembla.)

DALILA: ;Te diste el gusto, maldito!

CURA: ;Perdón! ;Yo no quería!

DALILA: ;Sal!

CURA: ;Usted quiere venganza!

TERESA: ;Dalila, ayúdame a cambiarla! (Le quitan a Enriqueta la ropa mojada.)

ENRIQUETA: No me desvistan, hay un ho-hombre...

CURA: ;Quiero salir!

DALILA: ;Quédate ahí! (Viene humo del balcón.)

CURA: ;Dejadme salir! ;Huele a quemado!

TERESA: ¿Y ese humo?

JUSTA: (Baja a saltos.) ;Se queman, incendio de los papeles!

Dalila sube con Justa y apagan los títulos. Quedan chamuscados e inútiles.

TERESA: ¿Qué pasó?

DALILA: ;El colmo! ;Sal de allí! ;Sal a mirar lo que has hecho!

CURA: No me hagan daño...

TERESA: ;Déjenlo salir!

DALILA: ;Acaso lo tengo amarra'o?

TERESA: Dalila, si le haces algo, te vas de esta casa con él.

JUSTA: Pero...

CURA: ;No me hagáis daño, no quise más que ayudaros!

TERESA: Quédate quieta, Dalila, no quiero más desgracias en mi casa. Salga, padre.

CURA: ;¿Me vais a matar?!

DALILA: Sí. (Justa asiente en silencio.)

TERESA: No.

CURA: Compasión... soy inocente... (Una sirena de bomberos irrumpe con estrépito. Todo se llena de luz roja.) ¿Qué pasa? ¿Los bomberos?

Dos bomberos entran por la puerta abierta, uno con un hacha y otro con una gran manguera. Están enmascarados y visten monstruosos uniformes rojos.

BOMBERO I: ;Calma, ya llegamos!

BOMBERO II: ;Acá es el incendio? Nos avisaron que salía humo de una...

TERESA: Aquí no es...

CURA: ;Sáquenme! ;Sáquenme!

BOMBERO II: ;Qué pasa?

DALILA: Se le atoró la puerta. (El bombero la abre de un hachazo. El cura sale y se aferra a él.)

CURA: Vámonos, ;sacadme! No me dejéis solo. Afuera os explico todo. (Sale custodiado por ellos.)

DALILA: Se fue.

CRISTINA: (Vuelve vestida para salir, con sombrerito de velo y maleta.) ¿El padre? ¿Qué pasó?

TERESA: Se fue. Se olvidó de ti. Tranca la puerta, Justa. (Justa arrima un sillón.)

CRISTINA: ¿Qué le pasó a Enriqueta? ¿Por qué huele a quemado?

TERESA: ¿Qué vamos a hacer?

JUSTA: ¿Qué pongo en la puerta?

TERESA: Los títulos se arruinaron, Cristina. El padre los mojó.

DALILA: ¿Todavía te quieres ir con él?

CRISTINA: ¿El padre?

DALILA: Sí, el mi'mo. Pero nadie nos va'sacar. Echa llave, Justa. Vamo'a vigilar de noche como solda'os, y si vienen, a palazos los vamo'a botá. (A Justa.) ¿No te he dicho que'ches llave?

JUSTA: ¿Quién tiene llave?

DALILA: Tú te la llevastes.

JUSTA: ¡No!

CRISTINA: Anoche abrimos tú y yo, Justa.

TERESA: Yo no me la llevé.

JUSTA: Pero yo dejé llave encima de la mesa. No agarré después.

TERESA: No puede ser, ¿qué pasó?

DALILA: ¡Ya sé! ¿No se dan cuenta? ¡Pero ni así nos van a ganar! (A ellas.)

TERESA: ¿Qué?

DALILA: La llave. Dice ella que la puso en la mesa. Entonces... el cura se la llevó.

TELÓN FINAL DEL SEGUNDO ACTO.

TERCER ACTO

(9: Bajo el Sol.)

Cuatro de la mañana. Hay dos seres espectrales sentados en la escalera, con palos y velas de luz débil: Dalila y Justa. Enriqueta aún duerme en el sillón, muy abrigada. La negra despierta a la chola.

DALILA: ¡Chola, no cabecees! ¡Nos está ganando el sueño!

JUSTA: Ya no puedo...

DALILA: Hay que cuidar. En cualquier momento vienen.

JUSTA: Por la noche no han venido, por gusto quedamos despiertas.

DALILA: 48 horas, decía el papel. Que no nos agarren al descuido. Sigue contando.

JUSTA: ¿Qué?

DALILA: Las historias de tu pueblo.

JUSTA: Ah, los cuentos de los hombres que cuidan para que no venga zorro. Pero tú te dormiste.

DALILA: Cuenta bajito, pa'que no se despierte Enriqueta.

JUSTA: En Chincheros cuidan de noche porque puma se come ovejas, y zorro parte el maíz.

DALILA: ¿Chincheros se llama tu pueblo? ¿Como Chincha? (Ríe.) Por eso seremos tan chinchosas, pé. No como las limeñas que se contentan con poquita cosa. ¿Qué cuentan en Chincheros?

JUSTA: Historias de penas, cuentos antiguos de miedo para no dormir. Como el ukuku. Feo es.

DALILA: ¿El ukuku?

JUSTA: Hombre oso es. Fuerte. Su papá también era hombre oso.

DALILA: A ver chamulla que'stá interesante.

JUSTA: Un ukuku es más fuerte que un cerro. El ukuku grande se casó con su mujer y tuvo su hijo ukukucha, negro también como él pero no como tú, negro de pelo. Como perro. Como oso que es pues. (Susurra. Hace aspavientos.) Y este ukuku le pegaba duro a su mujer, y ella triste, ¡morada andaba!

DALILA: ¿Y por qué no le devolvía los puñetes?

JUSTA: ¡El es más fuerte, es hombre oso! ¡Grr!

DALILA: 'Tá fregada la pobre.

JUSTA: Ella espera que su hijito sea grande y cuando está fuerte le dice "tu padre me pega", y el hijo carga a su mamá y se escapan! El ukuku grande corretea a los dos, pero el hijo, inteligente, lo espera y con un garrote grueso ¡pum! Rompe su cabeza y ¡toma!, lo mata.

DALILA: Qué bravo.

JUSTA: También dicen que su mamá no tenía leche y lo regaló al bebé donde el cura, en la puerta lo dejó al ukukito y se fue. El cura lo encuentra y dice: voy a cuidar, pues, para que ayude a limpiar iglesia y a rezar misa. Y lo cría, ¡pero el ukukito come mucho! Una vaca en el desayuno, dos vacas al mediodía, montón de barriles de leche, ¡todo el río toma como agua! Y el cura pensó: qué caro criar muchacho oso, ¡lo voy hacer matar! Y le dice: sube a limpiar campana, ukukito, feo suena porque tiene tierra. Y ukukito subió, y detrás el cura manda diez hombres fuertes a empujarlo y espera abajo y de ahí, fififí, ve como caen uno, dos, ¡los diez hombres como lluvia de gente! (Ríe.) Y el cura se desespera: ya sé, voy mandar pastar las vacas pero en la selva, donde hay pirañas en el río y fieras en el monte, ¡que se lo coman! Y le dice: ukukito, tierra seca está, sin pasto, puro kikuyo es. Lleva las vaquitas a comer a la selva que allí abundantes plantas tienen como tu pelo de tu cabeza, (Juega con el pelo de Dalila.) así le dijo. Y el ukukito se va con vacas y cuando llega, ¡fui! ¡Saltan fieras de la selva y se comen las vacas, y cuando quieren comer al ukukito, ¡les pega de alma! Y el cura decía: me libré, se comieron las fieras al muchacho, y de pronto lo ve regresar con las vacas amarradas, ¡pero no eran!

Eran tigres, pumas, ¡leones! Y el ukukito les decía: ¡ustedes van a ser ganado de mi papá cura, por haber comido sus vacas! (Ríe.) ¡Gracioso ukukito!

DALILA: ¿Y se lo comen al cura?

JUSTA: ¡No, pues!

DALILA: Entonces no es cuento de miedo. Yo te voy a contar uno ¡de una bruja de Cachiche!

JUSTA: ¡Ja ja, Cachivache!

DALILA: ¡Cachivache serás tú, dije Cachiche! Es un pueblo donde las mujeres son brujas. Una vez se apareció un pájaro raro en un árbol, y le cantaba a un hombre: ¡vas a morí! ¡Vas a morí! Y el hombre la espantaba, ¡chó, vete! Y seguía apañando su algodón, porque estaba trabajando en el campo. Pero el pájaro seguía igualito: ¡vas a morí! ¡Vas a morí! Y el hombre: ¡juera! le dijo. Y lo miró al pájaro y le dijo: ¡qui' horrible eres! ¡Igualito a mi suegra! Y el pájaro se puso picón y le cantó: ¡vas a morí! Y voló encima de este hombre y le tiró en la cabeza una araña, una viuda negra venenosísima que ¡chás! ¡Lo picó!

JUSTA: ¡Como lucacha sería esa araña!

DALILA: ¡Pero no murió! ¿No ves que los negros que cosechan el algodón, como hay mucha viuda negra, se hacen picar por escorpiones, como vacuna? ¡Por eso la viuda negra no lo mató!

JUSTA: En Cuzco los escorpiones los matan con candela redonda.

DALILA: En Chíncha son un tesorito pa'l campesino. Bueno, este hombre se dio cuenta que el pájaro quiso hacerle daño, y lo persiguió y le tiró un palo a esta lechuza rara y le rompió una pata y ¡fush! ¡Se hizo humo! Y el hombre dijo: ¡esta lechuza parece mi suegra, que es una malvada! Y corrió a su casa y encontró acostada a su suegra, que era de Cachiche, calata y llorando. ¿Y sabes lo que decía?

JUSTA: ¡Vas a morir!

DALILA: No, decía: mi pie, mi pie... ¡tenía la pata rota! ¡O sea que era bruja y se había convertido en lechuza! Entonces el negro, con una piedra, la

mató pa'que no vuelva a cantá su maldá. (Silencio.) Este silencio parece el campo.

JUSTA: Hueco entre cerros se oye así: nada. (Pausa.) Miedo me da.

DALILA: Sí, los cholos tiemblan con los negros, de eso conozco otra historia.

JUSTA: Tú también vas a temblar cuando te cuente Adaneva.

DALILA: ¿Adán y Eva?

JUSTA: No, Adaneva, como dios es, como Papá Lindo, fuerte como el ukuku, cuando quiere lo amarra al sol a una piedra para que el día dure más.

DALILA: Mejor te cuento yo otra historia: de cuando los españoles llegaron a Tacna. Los indios no les dieron ni bola. Entonces dijeron: ¿y ahora, qué hacemos? No se asustan con los caballos, ni con la barba, ¡con nada!

JUSTA: Deja contar: con su látigo Adaneva hace caminar a las piedras. Y le pegó a su mujer y le hizo un hijo, ¿y sabes cuál era su mujer?

DALILA: Espérate: entonces los españoles pensaron y pensaron, ¡y a uno se le ocurrió! ¡"Ya sé"! Y vinieron con dos costales, uno grande y uno chico.

JUSTA: Con ella tuvo su hijo que es el Teéte Mañuco, ¿pero sabes cómo se llama su mujer? ¡No adivinas!

DALILA: ¡No me estás escuchando!

JUSTA: ¡Tú tampoco!

DALILA: ¡Pero yo voy a terminar! (Susurra.) Los españoles pusieron los costales delante de los indios, y los abrieron. ¿Sabes qué había en el primero? ¡Un gallo! Y los indios se pusieron a temblar porque no habían visto un gallo nunca en su vida. Y entonces los españoles abren el otro costal, y sale de adentro... ¡un negro! Y los indios se orinaban de miedo porque nunca habían visto un zambo. Y para remate, el gallo, ¡kikirikí! ¡Cantó! Y ahí todos los cholos salieron corriendo y los españoles se quedaron con Tacna. ¡Jó! (Ríe.)

JUSTA: No hables fuerte. ¿Acabaste?

DALILA: Ya terminé.

JUSTA: Adaneva cuento entonces, te estaba diciendo quién era su mujer.

DALILA: ¿Quién?

JUSTA: ¡La Mamacha Mercedes! ¡La Virgen de las Mercedes! ¡A ella le hizo su hijo!

DALILA: ¿O sea que ese Teéte Mañuco es Jesús?

JUSTA: Niño Manuelito también es, pero cuando creció se volvió malo y destruyó a los hombres del mundo, que eran de piedra. Y ahora, de noche, cuando los hombres salen para cazar puma y zorro, esos hombres de piedra asustan y gritan para defender a los animalitos. De noche, así: ¡Uy, uy, uuuuy!

DALILA: (Se asusta.) Ay, no sigas... de repente asustas a la Enriqueta, mira que la pobrecita se durmió con calentura.

JUSTA: Prendemos la luz entonces. Vela da miedo.

DALILA: No, la luz la puede despertar. Sigamos así nomás. Estamos pasando la noche en vela, ¿no?

JUSTA: Velorio también es así. Triste. (Oyen asustadas: un perro ladra a los lejos.) Escucha. Perro ladra porque ha visto fantasma.

DALILA: No los perros se quedan calladitos, asustados porque los fantasmas se aparecen calatos (Sin que lo noten, se abre la puerta que da a la calle.) y se meten en cualquier sitio, en las chacras y en las casas. (Entra con sigilo un hombre desnudo. Parece un espectro.) Caminan de puntitas, flotando. (El hombre tantea a oscuras hasta hallar el televisor.) Por eso las brujas, pa'ver a las ánimas, se ponen en los ojos legaña'e perro. Y los ladrones, pa'que los perros no los ataquen, se meten calatos a robar.

JUSTA: (Lo ha visto.) Ay.

DALILA: ¿Qué te pasa?

JUSTA: Mira. (Lo miran sin ser vistas.) Fantasma.

DALILA: Y calato, como te dije. (El ladrón trata de cargar el T.V.) Nunca había visto. ¿Tienes miedo?

JUSTA: Pena me da, pobrecito.

DALILA: Hay que aprovechar, chola. Mi mamá decía que al fantasma hay que darle la mano pa'que te lleve donde está el entierro.

Descubren sus velas y el hombre, que avanza con el televisor hacia la puerta, lo suelta aterrado.

HOMBRE: ¡Fantasmas! ¡Carajo, en esta casa penan!

DALILA: (Le tiende la mano.) ¡Llévame al tesoro, fantasmita, y te rezo un Ave María!

HOMBRE: No suelten al perro... (Tiembla al reconocerlas.)

JUSTA: ¡Mira quién es! (Reconoce al encuestador del primer acto.) ¡El hombre que vino a preguntar!

HOMBRE: No me hagan daño, miren, les dejo su televisor, pero no lo suelten...

JUSTA: ¿Cuál perro?

HOMBRE: ¡El que tienen en el cuarto! ¡No lo saquen!

DALILA: ¿Acá?

HOMBRE: ¡No lo suelte! ¡Le dejo su televisor! (Suelta el T.V.) ¡Y su llave, señora! (Arroja la llave.) ¡No lo saque! (Se cubre con temor y sale. Canta el gallo. Amanece. Silencio.)

JUSTA: ¿Era... era un fantasma, Dalila?

DALILA: (Pausa. Impresionada.) Los fantasmas no usan llave. (Quedan estáticas. La luz solar llena el ambiente.)

JUSTA: Era un hombre calato, Dalila.

DALILA: Qué vergüenza. Y nosotras conversándole.

JUSTA: Tú querías darle tu mano.

DALILA: No hay que contarle esto a nadie, no nos van a creer.

JUSTA: ¿Enriqueta habrá visto?

DALILA: 'Tá dormida, pa' nuestro beneficio. Esto no lo vas a contar a nadie, ¿lo juras?

JUSTA: Juro.

DALILA: ¿Por la Niña María?

JUSTA: Sí. (Un misterioso resplandor ilumina el balcón y la higuera.)

DALILA: ¿Ves eso? ¡Mira!

JUSTA: ¡Una luz! (No se atreven a moverse.) Salta.

DALILA: Vuela. (La luz pasea entre ellas.) No puede ser. (La luz sube a la higuera y se desvanece. Silencio.) Hemos visto al duende de la higuera. Nadie nos va a creer. (Ruidos de calle: la ciudad despierta.)

JUSTA: Ya es temprano. Voy rezar. (Se arrodilla.)

DALILA: Yo todavía. Si ya amaneció suelto a Teresita. (Saca la tranca.) Teresita. Despierta, sal nomás. Ya es de día.

TERESA: Cómo estás, mi amor, buenos días.

DALILA: Bien hijita. Ven que hay pancito, amanecerás con hambre después de tus loqueaderas.

TERESA: He dormido rico. Ni he soñado.

DALILA: Habla bajo que Enriqueta sigue seca.

TERESA: ¡Qué plácida! La hubieran llevado a su cama.

DALILA: Estaba con calentura, no quise enfriarla. La abrigamos y ahí se quedó. 'Tá cómoda.

TERESA: Que duerma, entonces. Guárdale pan porque los enfermos despiertan con hambre.

DALILA: ¡Eso! Enfermo que come no muere.

CRISTINA: (Vestida para salir.) Buenos días. (Por Enriqueta dormida.) Qué buen sueño. El agua fría relaja. (A las demás.) ¿Ya rezaron?

DALILA: Después del pan, pa'tener fuerzas.

CRISTINA: ¿Fuerzas para qué?

DALILA: Para lo de hoy, pues, las 48 horas.

TERESA: No me hagas acordar. Justa, ven que hay pan.

JUSTA: Pan del cura es. Veneno tendrá.

DALILA: No, Ayer comimos y no nos hemos muerto. Cómelo nomás. (Pausa.)
Cristina.

CRISTINA: ¿Sí?

DALILA: Dejaste afuera tu maleta. (Pausa.) ¿Nos vas a ayudar, Cristinita?

TERESA: Déjenla tranquila. Es muy temprano para andarse preocupando.
(Angelical.) ¿Saben que me he levantado pensando que hoy no va a pasar nada?

DALILA: ¿Te has olvidado de las notificaciones?

TERESA: Nada va a pasar, no sé por qué se me ocurre que...

CRISTINA: (Tensa.) Y si pasa, pasa. La vida es así y hay que saber entender.

DALILA: ¿Entender qué? ¿Que te quieres ir al asilo pa' acabar de esclava?

TERESA: ¿Otro pleito? ¿Tan temprano? ¡Si nada va a pasar!

DALILA: ¡Tú piensas imposibles, Teresa! (A Cristina.) ¡Y a ti parece que te gusta sufrir! ¿No aprendes con lo que ves? ¿No te acuerdas lo que nos ha hecho ese cura? Igualito te quieres largar con él, ¿no? ¿Y nosotras qué? ¿Tenemos que seguirte, o qué?!

CRISTINA: Lo que ustedes hagan es cosa suya.

DALILA: Claro, ya viviste aquí, ya exprimiste bien este limón y ahora lo botas y te pasas pa'l otro bando, aprovechadora.

CRISTINA: Tómalo como te dé la gana.

DALILA: "¿Con agua padrecito?" (La imita mofándose.) "¿Voy a tener cama, padrecito? "¿Nos dan de comé, padrecito?" ¡La única que se creyó el cuento del asilo eres tú! ¡La inteligente, la pensadora! Ojalá te lleven al Hotel Sheraton y no te amontonen en una casucha llena de viejas tirapedos.

CRISTINA: Así estamos acá.

DALILA: Pero allá te llevan pa'que les cuides el terreno, vas a acabar de perro guardián, trabajando pa' las mismas monjitas que te desalojaron.

TERESA: Basta, no peleen...

CRISTINA: Lo de las monjitas lo has inventado tú.

DALILA: ¿Y quién nos malogró los títulos, a ver? ¡Eran nuestra última esperanza! ¿De parte de quién vino el cura? ¡Que casualidad que los mojó!

CRISTINA: Fue tu culpa. Te volviste loca y se defendió.

DALILA: ¡Tú no viste nada!

TERESA: Yo le conté. Le dije que lo amenazaste con una tijera.

DALILA: ¿Y le dijiste que mojó a Enriqueta como a perro? ¿Y que le dijo mendiga a Justa? ¡Vino a jodernos!

CRISTINA: Vino a ofrecernos una casa mejor.

DALILA: Sí, ¡jaula de oro para las esclavas! ¿Por qué no te vas, entonces? Ahí está listo tu equipaje, ¡vete!

CRISTINA: Eso no tienes derecho a decirlo tú, sino Teresa, porque tú eres una arrimada confianzuda que se mete a defender lo que no es suyo sin que nadie le pida que se meta. ¿Qué te crees? ¿Que la casa es tuya? Tú nunca has tenido en que caerte muerta, desde chiquita te han criado en donde sea. Y deberías tener más respeto con las monjas porque te dieron de tragar cuando niña, ¡culebra! ¡Lo que te da miedo es que te hagan trabajar, bañarte, que te obliguen a confesar tus pecados, porque son más que arrugas!

TERESA: Cristina...

CRISTINA: Y el corazón lo tienes más negro que la cara, ¡bien que sabemos lo que has sido!

DALILA: ¡Cállate el hocico!

TERESA: Basta. Respeten mi casa. (Silencio. Cristina halla algo.)

CRISTINA: ¿Qué es esto? (Recoge la llave.) La llave de la casa. La prueba de que el padre es un ladrón, ¿verdad, Dalila? Mírala. Apúrate que viene a llevársela.

JUSTA: Anoche la trajo.

CRISTINA: ¿La llave? ¿Quién?

JUSTA: Un fantasma. (Cristina ríe.)

DALILA: De veras. Vimos también al duende de la higuera.

CRISTINA: ;Ah, vinieron a botarnos los fantasmas, para llevarnos de esclavas también! ;Los mandaron las monjitas! (Ríe.)

DALILA: Búrlate nomás, ya vas a ver.

CRISTINA: ¿De quién era el fantasma? Ya sé: ;era el monje loco! (Ríe.) ;Era el diablo con sotana!

JUSTA: ;No, con sotana, no! Estaba...

DALILA: No hables, chola, no te van a creer.

TERESA: ;Recién me acuerdo, hoy es 13 de mayo! ¿No tienen vergüenza? ;No hemos rezado! Vamos, que nos perdone. Dejen el pan.

JUSTA: Hay que cantar.

CRISTINA: Bajito, Enriqueta se despierta.

TODAS: (Cantan susurrando.)

 ;El 13 de mayo, la Virgen María

 bajó de los cielos a Cova de Iria!

 ;Ave, Avé, Avé María!

 ;A tres pastorcillos la madre de Dios

 descubre el misterio de su corazón!

 ;Avé, Avé, Avé María!

Largo silencio. Tocaban la puerta y ellas se asustan. Pausa. Tocaban otra vez.

TERESA: Pero si esto no iba a pasar. Niñita, ;no hacemos mal a nadie! Haz que se vayan, que sea tu milagro del 13 de mayo. Niña, bótalos. (Tocaban de nuevo.)

CRISTINA: Yo voy a abrir.

DALILA: No. (Cierra con llave.)

CRISTINA: Quiero irme con ellos. Es el padre.

DALILA: Son los del Municipio.

TERESA: Van a despertarla.

DALILA: Sh, que crean que no hay nadie. (Tocan fuerte.) Justa: pon agua a hervir. (Justa obedece.)

CRISTINA: ¿Qué?

DALILA: Eso lo he visto en el campo. Ahí la gente no se deja botar tan fácil.

CRISTINA: Ni siquiera hemos visto quién toca.

DALILA: Ni falta que hace, cualquiera que toca es porque nos viene a desgraciar. No respetan ni a la profesora que está con fiebre. (A la puerta.) Fuera, perros, ¡hay una mujer enferma!

HOMBRE I: ¿Hay alguien en la casa?

CRISTINA: ¡Nosotras! ¡Ya vamos a abrir!

HOMBRE I: ¡Apúrense que no tenemos tiempo!

DALILA: ¡Qué nos importa!

HOMBRE II: Rápido señoras, ¡tenemos que ir a otras casas!

DALILA: ¡Si serán mierdas, decirlo con esa frescura, como si fueran a regalar jruta y no a desalojar ancianas! ¡No vamo' abrir!

TERESA: ¿Pero son ellos? ¿Son?

CRISTINA: ¡Sí vamos a abrir! ¡Esperen un rato!

HOMBRE II: ¡Apúrense!

TERESA: Esto no iba a pasar, la casa es mía. No es posible.

DALILA: Todo es posible. (Tranca la puerta.)

CRISTINA: Te estás portando como una niña. (Dalila sigue moviendo muebles.) Voy a hablarles desde el balcón.

DALILA: Si subes al balcón voy a ir contigo y voy a tirarles tus macetas como bombas, ¡pum!

TERESA: Habrá que empacar, ¿no?

DALILA: ¿Cómo que empacar? ¡Esta es tu casa!

TERESA: Pero... no tengo... siento que ahora... ¡No sé qué sentir!

DALILA: ¡Yo me encargo, vas a ver lo que les hago cuando hierva el agua! ¡Tampoco van a saber qué sentir!

TERESA: ¿Y la Enriqueta? Si nos botan...

DALILA: No van a botarnos.

CRISTINA: La llevarán a un hospital.

JUSTA: (Toca a Cristina.) Cuánto frío tiene.

CRISTINA: (Se acerca.) ¿Cómo? (La toca.) Enriqueta se...

JUSTA: ¿Qué?

DALILA: ¡No!

TERESA: ¿De verdad?

CRISTINA: Creo que... (Le toma el pulso.)

DALILA: ¿Y ahora? ¿Sigues creyendo en tu curita? ¿Sigues siendo tan ilusa?

¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¡Despierta!

CRISTINA: ¡Se ha muerto, Dalila!

DALILA: ¡Maestrita! ¡Levántate! ¡Párate, Queta! Canta pa' que tus alumnas te escuchen... (Canta y solloza.) Sale el sol... de un claro y dulce despertar... el corazón... (No puede seguir.)

JUSTA: (Tocan.) ¿Ahora?

TERESA: ¿Abrimos, Cristina? ¿No te da miedo?

CRISTINA: (Suspira.) La llave la tiene ella. (Señala a Dalila que abraza a la muerta.) No va a querer.

HOMBRE I: Señoras, ¡abran para certificar la inhabilitación!

HOMBRE II: ¡En un ratito lo hacemos, señoras!

HOMBRE I: No nos hagan perder el tiempo. No importa que la casa esté desarreglada, ¡abran nomás!

HOMBRE II: ¡Apúrense, dejen todo desordenado! ¡No vamos a andar mirando!

JUSTA: Ya hirvió el agua.

CURA: Señoritas, ¿qué sucede? Escuchadme. Soy yo.

TERESA: ¿El padrecito?

CURA: ¿Os ocurre algún problema?

HOMBRE I: No quieren abrir, padre. Y no podemos irnos, si no hacemos la diligencia hoy mismo, no cobramos, padre.

CURA: Pero... ¿a qué venís?

HOMBRE I: Al trámite de siempre, la inhabilitación.

DALILA: Claro que sabe.

CURA: Pero explicadme...

HOMBRE I: Se estudia la finca y según el estado, se ve si procede inhabilitarla. Por los impuestos, usted sabe.

CURA: (Toca.) Abrid, señoras, vienen por un asunto de poca monta.

DALILA: ¿Y tú? ¿A qué vienes tú?

JUSTA: Es el cura, Dalila.

TERESA: No puede ser.

DALILA: ¿Ahora me creen?

TERESA: No está pasando nada.

CURA: Tenéis que abrir, piensen en ellos que cobran por cada diligencia. Si no terminan hoy, no les pagan. Tened compasión.

CRISTINA: ¿Quiénes son, padre?

CURA: Los hombres del Municipio que vienen a ...

HOMBRE II: ¿Les conviene, señoras!

HOMBRE I: ¿Es una exoneración tributaria!

CURA: ¡Vienen por ley!

CRISTINA: ¿Ya ves? No es cosa de él ...

DALILA: Eso ni tú te lo crees. Mira a Queta, ¡eso te espera!

CURA: Abrid, por favor. Traigo vuestros lentes, espero que no sigáis enojadas conmigo ...

DALILA: ¡Fuera, asesino! ¡Mentiroso! ¡Criminal!

CURA: Por qué criminal, señora, no hable así delante de estos hombres que...

DALILA: ¡Lárgate, hipócrita! ¡Después de lo que has hecho con la profesora no vas a entrar jamás de los jamases! Tú no quieres a la Niña María ¡pero nos va a defender!

CURA: Abrid y explicadme qué...

DALILA: ¡Fuera!

CURA: Abrid, mujeres, que me estáis preocupando.

DALILA: ¡Vete al infierno!

TERESA: ¡Qué dices, Dalila! (Se persigna.)

CURA: ¡Respetar mi sotana!

DALILA: ¿Acaso tú nos respetas, basurita? ¿Respetar es matar a una maestra?

HOMBRE II: ¿Qué hablan, padre?

CURA: No entiendo. ¡Abrid! ¿Qué es eso de matar, no habrás hecho una locura, mujer? Voy a llamar a la policía si no abres ahora mismo.

CRISTINA: Sí, llámelos.

DALILA: ¡Llámalos, págaless! ¡Igual no van a entrar!

HOMBRE I: ¡Señoras, la diligencia es obligatoria!

DALILA: ¡Largo, carajo!

HOMBRE I: Si no abren, la ley nos autoriza a entrar a la fuerza.

TERESA: Respeten esta casa, ¡es mía!

DALILA: ¡Atrévete a entrar!

JUSTA: ¡Agua caliente tenemos!

DALILA: ¡Respeten a la difunta! ¡No entren!

HOMBRE II: ¡No nos hagan romper la puerta!

HOMBRE I: ¡El padre va a ser testigo!

DALILA: ¡El padre es un ladrón,!

CURA: ¡No llevéis este asunto a extremos peligrosos, hijas! (A los hombres.)

¿Por qué no...?

HOMBRE I: ¡Ni hablar, ahorita mismo! ¡Ya me puse terco! ¡A mí no me grita ninguna vieja!

CURA: Abrid... vengo con chocolates, anteojos, una virgen nueva, ¡no me desairéis!

CRISTINA: ¿Nos va a llevar al asilo, padre?

CURA: ¿Asilo? ¡Sólo quiero que abráis la puerta!

DALILA: ;Se olvidó del asilo!

CRISTINA: Pero usted me dijo que ...

CURA: No enredéis las cosas, ¡abrid y hablaremos! ¡Esto es un escándalo a la luz del día!

CRISTINA: Padre, contésteme...

DALILA: ;Un hueco te va a dar! Un balde con agua pa'que acabes como... (A la puerta.) No van a entrar, ¡ya'tá dicho!

TERESA: Está muerta, padre, tenemos miedo.

CURA: Quiero entrar, no soporto esa angustia... ¿no pretenderéis culparme de nada?!

DALILA: Llévate a tus esclavos!

CURA: Yo he venido solo, hija...

HOMBRE I: ;Abran!

CURA: ¡Cállese!

DALILA: ¿Ya ves como los gritas? ¡Son tus perros!

CURA: ¡Nadie quiere botarlas!

HOMBRE I: ;Pero si no abren, rompemos la puerta!

DALILA: ;Si entran les echamos agua hirviendo!

JUSTA: El agua se ha secado, Dalila...

DALILA: Pon más a hervir, ¡rápido!

JUSTA: Se apaga primus, falta kerosene...

DALILA: ;Tráelo, tráelo!

JUSTA: ¿Dónde está?

DALILA: Saca el kerosene, Teresa.

CRISTINA: No le digas dónde está.

DALILA: ;El kerosene!

TERESA: No hagas esas cosas...

DALILA: ¿¿Dónde está?!

TERESA: En la cocina vieja, atrás del tablón marrón. Pero... (Justa va.)
Pueden meterte presa...

DALILA: ¡Eso mejor que un asilo! ¡Hay que pararles el macho!

HOMBRE I: ¿Abren o no abren?

DALILA: (Finge.) Un minuto... (Justa trae el kerosene. Llena el primus.)
Estamos arreglando la casa... (A las otras.) ¡Pongan mi ropero en la puerta,
apúrense! ¡Pa'que no entren, así no hay que quemarlos! (Obedecen.)

CURA: Ya visteis lo absurda que es esta situación.

HOMBRE I: ¡Se lo buscaron! ¡Vamos a hacer un descerraje!

Tratan de forzar la puerta. Repentinamente, la luz diurna se desvanece.

CURA: ¡El eclipse! ¡Salid a ver, señoritas! ¡Abrid! Ved cómo se cruza la luna.
¡El eclipse! ¡Tengo lentes para vosotras! (Silencio.)

TERESA: (Mira al cielo desde la escalera del balcón.) Es negra. Pero es la
luna. ¿Qué quieres? ¿Que no tengamos miedo? ¿Que te defendamos? ¡Hazlo! Tápale
la cara. Quémale el pelo. ¡Que no vea que eres tú, la luna negra! Tú alumbras
adentro de las grutas de los pastores. Cuando él se va tú apareces, invisible.
(Le lanza un beso.) ¡Ahógalo!

CURA: ¡Salid, es un fenómeno maravilloso! ¡Es fascinante!

HOMBRE I: ¡Lo que faltaba!

DALILA: ¡No abrimos, mentiroso!

TERESA: ¡Que no te enrede, que no te ponga el anillo!

JUSTA: No prende el primus, mucho kerosene he puesto.

DALILA: Chola zonza, arréglalo, ¡rápido!

CRISTINA: Yo voy a salir. Dame la llave, Dalila. (Dalila la arroja en la
oscuridad.) ¿Qué has hecho, negra zonza?

CURA: Salgan, tengo lentes...

TERESA: Huele, es el kerosene, la sangre de la tierra. Mamá, ¿por qué dices
que el aire es un ladrón, mamá?

CRISTINA: Teresa se pone mal... ¡Quiero irme!

JUSTA: Es la luna. Que pase el eclipse, Niñita.

TERESA: Tú mandas al aire, al agua, al fuego. Tú le dices cocina, y la cocina cocina. Eres el hada del fuego rojo y azul, ¡mátalo! Nosotras defendemos a tu hijita, ¿verdad? ¡Somos tus soldados! ¡Somos un ejército! ¡Tú tienes más fuego que él! ¡El fuego de la tierra! (Arroja el kerosene al piso.) ¡Ahí está, tu sangre devuelta!

CRISTINA: ¡Teresa, no! (Le quita el bidón vacío.)

DALILA: ¡Quieta, loca!

JUSTA: Teresita... (Teresa le quita los fósforos.)

TERESA: ¡El fuego está en mis manos! ¡Enriqueta se apagó, pero tú vas a levantarla! ¡Tenla en tu gloria!

HOMBRE I: ¡Abran, abran!

HOMBRE II: Espera a que pase el eclipse, ¡no se ve nada!

DALILA: No vamos a abrir.

TERESA: ¡Fuera el agua, el aire sangra la tierra luz negra!

HOMBRE I: ¡Abran!

TERESA: Fuera o abro el infierno, corazón del piso. Llama dura. Calor de pedernal. ¡Luz! ¡Fuera o hago luz!

HOMBRE II: Huele a kerosene, padre.

DALILA: ¡Si abren prendemos la casa!

HOMBRE II: ¿Se van a quemar?

CURA: ¿Estáis locas? ¡Abrid!

DALILA: ¡No! ¡No nos asusten porque es peor! (A Teresa.) No lo hagas, ¡mételes miedo pero no lo hagas!

CRISTINA: ¡Váyanse! ¡Se están volviendo locas!

HOMBRE II: Sí, vamos, éstas tienen algo...

CURA: No, ¡ayudadme a abrir! ¡Hay que salvarlas!

HOMBRE I: ¿Pero no huele, padre?

CURA: ¡Hay que evitarlo!

DALILA: ¡Váyanse!

CRISTINA: ¡No hagan nada porque es peor!

CURA: Quedáos, ¡no ignoréis a estas desesperadas! ¡Abrid!

DALILA: ¡No!

TERESA: (Canta.) Déjate quemar, si quieres alumbrar, no temas, ¡contigo estoy!

HOMBRE II: ¡Están locas!

CURA: ¡Ayudádme a tirar la puerta!

DALILA: ¡¡No!!

TERESA: (Reaparece la luz solar.) ¡No vas a ganarle a ella, no vas a volver! ¡El fuego es mío! ¡Mamá!

CURA: ¡No hagáis locuras!

CRISTINA: ¡Apúrense, sáquennos!

DALILA: ¡Pa'trás o nos quemamos! (A Teresa.) Espera, ¡todavía! ¡Es pa'asustarlos nomás!

CRISTINA: Sáquenme, padrecito, socorro...

TERESA: Las lenguas del Espíritu Santo, el carro que se llevó al profeta, el Arca abierta de noche, los pies de la Niñita y la pipa de su esposo, sustancia que roba el color y vuelve negra la vida. Como la noche, que es un día quemado para maldecirte, ¡María Niña! Yo te defiendo.

CRISTINA: Abran. (Quita muebles de la puerta.)

DALILA: ¡Teresa! ¡Todavía!

HOMBRE I: ¡Señoras, no se aloquen!

CRISTINA: ¡Sáquenme!

DALILA: ¡Fuera! No somos locas. (Siguen forzando la puerta.)

TERESA: (Enciende un fósforo.) Anoche vi la muerte.

DALILA: ¡No, Teresita!

TERESA: Es un hombre de papel lleno de hojas secas. Por eso ardemos.

Teresa enciende el kerosene y la casa arde.

CURA: ¡Dios las perdone!

CRISTINA: ¡Niñita María!

DALILA: ¡Sálvanos!

TERESA: ¡Teófila!

Música infernal. Entre los ruidos del incendio -gritos, derrumbes, sirenas de bomberos- cantan las alumnas invisibles.

ALUMNAS: ¡No podemos caminar

con hambre bajo el sol!

Danos siempre el mismo pan:

¡tu cuerpo y sangre, Señor!

Llegan suavemente el silencio y la oscuridad, rota sólo por algunas brasas.

Aparecen los dos bomberos, que escarban entre los cadáveres y escombros.

BOMBERO I: Llegamos tarde. Esto se derrumba en cualquier momento.

BOMBERO II: Vámonos, que no sea encima de nosotros.

BOMBERO I: No te apures, afuera hace frío. (Busca entre los restos.) ¡Mira!

BOMBERO II: ¿Qué?

BOMBERO I: ¡Mira la maravilla que acabo de encontrar! Me la llevo. (Saca la muñeca de entre los rescoldos.)

BOMBERO II: Deja eso, no seas maricón.

BOMBERO I: Es una antigüedad, imbécil. Es de las que caminan.

BOMBERO II: Sí, cómo no.

BOMBERO I: Créeme. La cosa es darle cuerda.

BOMBERO II: ¡Bah!

BOMBERO I: ¡Créeme, hombre! ¡Créeme! (Salen discutiendo.)

TELÓN.